

Sin Unción

No hay Pacto



Oswaldo Rebolleda

Sin Unción No hay Pacto



Oswaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
Con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la reproducción parcial o total, la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sin al menos mencionar la fuente, como una forma de honrar el trabajo y la dedicación que dio vida a este material.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Virginia Borget**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

Contenido

Introducción.....	5
Capítulo uno	
Del aceite a la vida.....	10
Capítulo dos	
La unción y la revelación.....	23
Capítulo tres	
Cambio vara por Nuevo Pacto.....	38
Capítulo cuatro	
Satanás el Peluquero.....	51
Capítulo cinco	
Cristo, la Ley y los profetas.....	66
Capítulo seis	
La compañía de Eliseo.....	80

Capítulo siete

La unción sobre el Ungido.....96

Capítulo ocho

Llamados cristianos.....111

Reconocimientos.....122

Sobre el autor.....124



Introducción

“El que cree en mí, como ha dicho la Escritura: De lo más profundo de su ser brotarán ríos de agua viva...”

Juan 7:38

Hace ya varios años, vengo realizando en la Iglesia del Señor, una tarea apostólica de asesoramiento y servicio a varias familias pastorales de diversas ciudades. Juntamente a esta hermosa tarea, continúo visitando y enseñando en distintas congregaciones en varias naciones diferentes. Esto me ha permitido formar un panorama general del estado actual de la Iglesia.

Yo nunca he podido ver a la Iglesia como una congregación o una denominación determinada, porque siempre he tenido un ministerio itinerante, y nunca me he podido enfocar en una sola congregación, sino que lo hago de manera general. Podría decir, que procuro tener una mirada territorial, porque generalmente indago sobre el estado de la Iglesia por ciudades, procurando tomar el ejemplo de Jesús, quién evaluó de manera individual a cada Iglesia de Asia menor (**Apocalipsis 2 y 3**).

Esto me permite ver la condición de la Iglesia, tanto en sus avances y virtudes, como en sus procesos y estancamientos. Ciertamente hay lugares con mayor recepción que otros para recibir el mensaje del Reino. En algunas ciudades los cielos parecen de bronce, mientras que en otros, se puede disfrutar de cierta apertura y libertad espiritual.

Estas evaluaciones que procuro realizar, dentro de mis limitadas posibilidades, son para obtener un panorama general. No son el resultado de una vana curiosidad, y mucho menos, una intención de crítica sobre la Iglesia. Yo amo a mi Señor y lo sirvo con toda pasión, por lo cual también amo a la Iglesia, porque es Su diseño. No se puede estar bien con Dios, y mal con la Iglesia como algunos pretenden.

La Iglesia es un diseño divino y debemos apreciarla siempre bajo un manto de gracia, ya que, si no fuera por la gracia, la Iglesia no existiría, y nosotros tampoco tendríamos comunión alguna con el Señor. Por otra parte, observarla bajo los lentes de la gracia, nos permitirá ser compasivos, sin que esto implique pasar por alto las carencias evitables.

Las dificultades que encuentro en la expresión de la vida de la Iglesia son varias, y en algunos de mis libros he fijado mi atención en ellas, con la intención de contribuir con mis enseñanzas en pos de producir un cambio verdadero. Sinceramente creo en la necesidad de implementar algunas reformas claves, para avanzar de manera efectiva de cara a

los días finales. Los ámbitos globales, se están poniendo cada vez más hostiles y la Iglesia debe estar preparada para lo por venir.

Todavía hay muchas estructuras institucionales, de religiosidad, basadas en viejas enseñanzas, que lamentablemente ya se han puesto rancias y no contribuyen en nada a la expansión del Reino. Tampoco me estoy refiriendo a la reforma de las doctrinas fundamentales del evangelio, ni a la intención de producir cambios, tal como si fueran novedades para atraer a la nueva generación. No estoy refiriéndome a eso, y pueden indagar al respecto en mí libro titulado “Poder de reforma”.

Las reformas que estoy pregonando hace ya varios años, están vinculadas con un recupero de las verdades apostólicas del primer siglo. Creo que la Iglesia debe sacudirse de toda estructura humana y religiosa, devolviéndole el gobierno de todo al Espíritu Santo. Todos deberíamos volvernos en humildad y arrepentimiento genuino al Señor. Él es el único dueño de la Iglesia, y el único que debería definir el rumbo y los lineamientos de su avance.

Creo además, que esos veinticuatro ancianos que arrojaron sus coronas ante el Trono de Dios en **Apocalipsis 4:10**, deben ser motivo de imitación para nosotros. Creo que espiritualmente deberíamos hacer lo mismo, poniendo a sus pies cualquier intento de gobierno personal. Ningún cristiano debería atribuirse el derecho de gobernar su vida, después de

haber recibido la revelación del Señorío de Cristo. Ningún hombre debería tampoco, considerarse con derecho a dirigir la Iglesia, limitando el gobierno del Espíritu Santo sobre ella.

Haciendo las cosas bien, puede que haya congregaciones con más o con menos hermanos, porque eso no está necesariamente determinado por nuestro accionar. Sin embargo, buscar el gobierno de Dios para la Iglesia, o pretender arrebatarnos Su gobierno, sí determinará congregaciones con más, con menos o con nada de unción. Si no comprendemos la trascendencia de contar con la verdadera vida en todo lo que hacemos, seguiremos dando vueltas sin avanzar al propósito.

Hace años ya, que vengo gritando en cada plataforma en la que el Señor me permite estar, que la Iglesia debe prepararse para los tiempos finales, y créanme, que si no comprendemos la absoluta necesidad de la unción, no podremos avanzar de manera efectiva. Debemos ser conscientes que sin unción no hay Pacto y sin Pacto, no hay derechos de gobierno, ni autoridad.

En este libro, desarrollo mis puntos al respecto, y espero con verdadera fe, que muchos pastores y líderes dediquen una pequeña porción de sus tiempos, a la lectura de este material. Yo no escribí este libro con la intención de producir un entretenimiento evangélico, ni es para mí el desafío de un logro personal. Gracias al Señor ya hace algunos años que escribo y he publicado más de cien libros,

no pretendo batir records, ni alcanzar una marca determinada, ni obtener redito financiero, ya que todos mis libros son gratuitos y están al servicio de mis hermanos.

Lo único que deseo, es compartirles lo que veo, lo que entiendo y lo que creo, de las necesidades de la Iglesia y de la voluntad del Señor. Espero que puedan valorar este libro de esa manera y le concedan un tiempo de calidad. Yo estoy persuadido que despertará en muchos, un verdadero hambre por Su presencia, y una santa desesperación por la unción verdadera. Eso es lo único que puede proporcionarnos la virtud de obtener los beneficios del Nuevo Pacto.

“Para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, de quien todo procede y para el cual vivimos; y no hay más que un solo Señor, es decir, Jesucristo, por quien todo existe y por medio del cual vivimos”.

1 Corintios 8:6 NVI



Capítulo uno

Del aceite A la Vida

*“Luego tomarás el aceite de la unción, y lo derramarás
sobre su cabeza, y le ungirás...”*

Éxodo 29:7

La palabra “unción” es muy utilizada en la Iglesia, pero posiblemente no la entendemos lo suficiente. La verdad, es que, al llegar a la Iglesia, uno comienza a escuchar por primera vez algunas palabras inusuales para la vida común, y ciertamente son palabras que nos llaman la atención, pero es porque son términos que en la sociedad no se manejan habitualmente. De todas maneras, como todo nos resulta novedoso, terminamos adoptándolas como algo fundamental para nuestra comunión con Dios, y justamente eso es lo grave, porque la mayoría lo hacemos sin comprenderlas de manera absoluta.

De todas maneras, es común que terminemos aceptándolas y diciendo cosas como: “Me impartieron la unción”, “Estoy buscando la unción”, “Hoy había mucha unción”, “El pastor está muy ungido”, o “Tal ministro llegó con toda la unción”. En realidad expresiones como estas, son las que dejan una clara evidencia de la falta de verdadera comprensión de lo que la unción significa, y es por eso, que considero será muy bueno para nosotros, ir desde la definición etimológica de la palabra, a la expresión de la unción en la revelación de su esencia espiritual.

La palabra unción viene del latín “*unctio*”, “*unctionis*” que es la acción de ungir o untar, especialmente con un producto oleoso. Es el nombre de la acción utilizada a través del verbo “*ungere*” o “*ungere*” que significa untar. Pese al parecido, la palabra unción no tiene nada que ver con la palabra uncir, que significa unir con un yugo o juntar. Menciono esto, porque sé de casos en los que han tratado de unificar el término para enseñar que la unción rompe el yugo (**Isaías 10:27**) y produce la acción de unirnos al yugo correcto, lo cual no está muy alejado de la verdad, solo considero que, si vamos en busca de una revelación mayor, debemos comenzar respetando las palabras.

En definitiva, el significado bíblico más básico de “unción” es señalar la acción de frotar con aceite o derramar aceite sobre algo o alguien, como símbolo de dedicación a Dios. En el Antiguo Testamento, la palabra “unción” es

aplicada a esa acción para consagrar a alguien como rey, como profeta o como sacerdote, presentándolo en servicio a Dios (**Éxodo 28:41; 1 Samuel 10:1**).

También se ungía o se derramaba este aceite sobre los utensilios dedicados al culto en el tabernáculo o en el templo (**Éxodo 40:9 y 10**) ese aceite utilizado para ungir a las personas o a los elementos para el servicio a Dios era denominado como “el aceite de la santa unción” (**Éxodo 30:25**) y era un símbolo de dedicación, que también implicaba la santificación (**Levítico 8:10 al 12**). Santificar no solo significaba apartar con propósitos sagrados, sino también dotar al escogido con los poderes del Espíritu Santo de Dios, para que pudiera ejercer las responsabilidades de la tarea a la cual era llamado (**1 Samuel 10:6**).

Dios estableció una fórmula que describía los componentes para preparar este aceite y ordenó, bajo pena de muerte, que solo debería ser derramado por la persona indicada sobre reyes y sacerdotes que Él y solo Él debía elegir (**Éxodo 30:22 al 31**). Este deber, observado desde un Pacto de gracia como el que vivimos en Cristo, parece algo exagerado o inusual, pero no deberíamos ignorar la dura advertencia que representa una ordenanza semejante.

En esa época, el Señor también prohibió que otros hombres, aparte de los sacerdotes, fabricaran este aceite y que lo aplicaran a personas o cosas, que Él no había incluido en las indicaciones particulares de su uso. Las palabras de

Dios fueron contundentes al prohibir un uso imprudente del aceite de la santa unción:

“Y hablarás a los israelitas, diciendo: Este será aceite de santa unción para mí por todas sus generaciones.

No se derramará sobre nadie, ni harán otro igual en las mismas proporciones. Santo es, y santo será para ustedes. Cualquiera que haga otro semejante, o el que ponga de él sobre un laico, será cortado de entre su pueblo”

Éxodo 30:31 al 33

Este pasaje nos revela que tanto la acción de ungir, como la fabricación y uso del aceite de la santa unción, era un tema serio que quedaba limitado al contexto de la explícita voluntad de Dios y, por lo tanto, el pueblo no debía tomarlo a la ligera. Esto significaba que tanto los elementos que componían el aceite, como el mismo acto de ungir a alguien, solamente estaban reservados a la elección soberana de Dios.

“Y Samuel tomó el cuerno del aceite, y lo ungió en medio de sus hermanos; y desde aquel día en adelante el Espíritu de Jehová vino sobre David. Se levantó luego Samuel, y se volvió a Ramá”.

1 Samuel 16:13

Es evidente que la unción con aceite, no solo significaba una consagración, sino una impartición, por medio de la cual, los elegidos eran dotados con la operación del Espíritu de Dios para ejercer de manera efectiva, todas las

responsabilidades de un oficio al que la persona era llamada (**Isaías 61:1**).

Antiguamente la palabra “unción” también era utilizada en la vida cotidiana, como, por ejemplo, para el aseo personal (**Mateo 6:17**) para los enfermos como remedio (**Santiago 5:14**) y para honras funerarias o previas a la muerte, tal como lo hicieron las mujeres en diferentes momentos con Jesús, a quién ungieron antes de su muerte (**Marcos 14:8**).

Esto implica que hay diferentes clases de aceites destinados para diferentes usos, y que en esos contextos, también era legítimo usar el término unción pero sin la connotación teológica particular que me interesa observar en este libro. Solo estoy sentando las bases para una amplia comprensión de lo que la palabra “unción” significa.

En el Nuevo Testamento, encontramos que la unción es mencionada de manera especial respecto del Hijo de Dios, ya que Jesús es el Ungido, el Mesías o el Cristo. El término hebreo Mesías y el griego Cristo se traduce como: “ungido” y significa que el Dios Hijo fue elegido para venir en forma humana con un propósito particular.

Con la encarnación, Jesucristo dejó sus privilegios Divinos sin renunciar a su esencia. Él tomó un estado absolutamente humano, obedeciendo en santidad, la perfecta voluntad del Padre. Nunca pecó y entregó su vida en rescate

por todos. En el transcurso de Su vida, manifestó claramente el poder de la unción que operaba en Él, pero respecto a ello, profundizaré más adelante. Por el momento solo deseo mencionar que en Su época y aunque no fue reconocido, todos esperaban al ungido de Dios.

Justamente esa fue la ironía de Su encarnación, que aunque todos lo esperaban, nadie lo recibió. Por el contrario, todos lo rechazaron, de manera tal, que lo terminaron acusando falsamente para que sea crucificado por la autoridad de Roma.

En Su muerte y resurrección, otorgó redención a todos los pecadores, pero, aun así, nadie creyó, ni quiso saber de Su obra de amor, el Señor en Su soberanía escogió a algunos de nosotros para otorgarnos convicción de pecado y abrirnos los ojos a la verdad, de manera que pudiéramos acceder a Su salvación (**Juan 16:8 al 11**). Al ser escogidos por Su gracia fuimos ungidos para Él, conforme a Su perfecta voluntad.

En todas las enseñanzas bíblicas, es claro que los ungidos, solo eran los escogidos de Dios. No sé por qué extraño motivo, algunos maestros están empeñados en enseñar que nosotros encontramos y elegimos a Dios, cuando en realidad, los perdidos éramos nosotros y fue Él quien nos encontró y nos salvó. Conociendo en parte, la soberanía de Dios, nadie debería dudar que Él hace como Él quiere, y que si alguien accede a Su gracia es porque así lo desea Él, de lo contrario no sería gracia.

Siempre se enseña que somos salvos por la fe, pero el apóstol Pablo enseñó claramente que somos salvos por la gracia, no por la fe. En realidad, la fe es el medio por el cual accedemos a la gracia, y como no podía ser menos, la fe también es un regalo de Dios (**Efesios 2:8**). En otras palabras, el Señor nos imparte la verdad por medio de Su Palabra, nos genera convicción de pecado, de justicia y de juicio, a la vez que nos otorga fe para que podamos creer en Él y en Su obra. Así es la gracia, inmerecida y gloriosa.

“Hermanos, consideren su propio llamamiento: No muchos de ustedes son sabios, según criterios meramente humanos; ni son muchos los poderosos ni muchos los de noble cuna. Pero Dios escogió lo insensato del mundo para avergonzar a los sabios, y escogió lo débil del mundo para avergonzar a los poderosos. También escogió Dios lo más bajo y despreciado, y lo que no es nada, para anular lo que es, a fin de que en su presencia nadie pueda jactarse”.

1 Corintios 1:26 al 29 NVI

Es extraño que quienes procuran enseñar utilizando la Palabra de Dios, ignoren la clara enseñanza de Su soberanía. Nosotros no somos salvos porque escogimos a Dios, sino porque fuimos escogidos por Él. Es clave comprender esto, porque es lo que nos permite acceder a la revelación de la unción en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Pacto.

La gente no andaba por ahí, preparando aceite y ungiéndose a sí mismos como reyes, como sacerdotes o como profetas, eso solo se hacía conforme a la perfecta voluntad de Dios. Por ejemplo, David estaba cuidando ovejas, cuando Samuel fue enviado por Dios a unirlo como el próximo rey de la nación de Israel.

“El Señor le dijo a Samuel: ¿Cuánto tiempo vas a quedarte llorando por Saúl, si ya lo he rechazado como rey de Israel? Mejor llena de aceite tu cuerno, y ponte en camino. Voy a enviarte a Belén, a la casa de Isaí, pues he escogido como rey a uno de sus hijos.”

1 Samuel 16:1 NVI

Las Escrituras nos muestran claramente que Dios abandonó a Saúl por causa de su rebelión, procurándose un nuevo rey para la nación. En este primer versículo del capítulo dieciséis del primer libro de Samuel, Dios envía al profeta a encontrarse con un joven que se llamaba David, y las Escrituras dicen claramente que Dios fue quién lo había escogido. Esto demuestra que mientras Saúl abusaba del reinado y de la unción que Dios le había dado, Dios conocía toda la situación y planificaba un nuevo tiempo para Su pueblo a través de un escogido.

***“Hallé a David mi siervo;
Lo ungué con mi santa unción.
Mi mano estará siempre con él,***

“Mi brazo también lo fortalecerá...”

Salmo 89:20 y 21

Saúl fue un rey que vivió para sí mismo usurpando y abusando de los dones que Dios le había dado. David por su parte, fue el octavo hijo de Isaí de Belén. Dios lo preparó para que fuese un varón conforme a Su corazón (**1 Samuel 13:14**) pero para ello David tenía que pasar por el proceso que comprende el ser escogido, instruido, ungido y puesto a prueba.

Con esto podemos aprender que es maravilloso ser escogidos, pero para ser adiestrados debemos pasar por diferentes procesos de capacitación. También es maravilloso ser ungidos por Su gracia, pero después de ser ungidos, no hay dudas que las pruebas vendrán. La unción no elimina las adversidades, pero es la que nos marca y nos capacita para cumplir efectivamente con la perfecta voluntad de Dios.

Cuando el profeta Samuel llegó a la casa de Isaí, el buen hombre trajo delante del profeta a siete de sus hijos, pero no consideró a David como un posible escogido. Obviamente el Señor no escogió a ninguno de ellos, porque así funciona Su gracia y Su soberanía. Dios hace como quiere y con quién quiere, de manera que aunque el propio padre de David, no lo consideraba un posible candidato, Dios dijo: ***“úngelo, porque éste es...”*** (**2 Samuel 16:10**).

“Y Samuel tomó el cuerno del aceite, y lo ungió en medio de sus hermanos; y desde aquel día en adelante el Espíritu de Jehová vino sobre David. Se levantó luego Samuel, y se volvió a Ramá.”
1 Samuel 16:13

Confirmado por la unción, el Espíritu Santo del Señor, desde ese día vino sobre él con poder, para que pudiera desempeñar sus actividades de manera efectiva. No fue el aceite derramado sobre su cabeza lo que lo hizo efectivo, sino el Espíritu Santo que descendió sobre él.

El aceite determinaba la elección soberana de Dios, y era esa elección la que determinaba la operación del Espíritu Santo en las personas. Jesucristo se encarnó como el ungido de Dios, no porque recibió una redoma, o un cuerno de aceite sobre Su cabeza, sino porque ya había sido elegido y enviado soberanamente por el Padre para Su misión terrenal.

Su elección no se produjo en la tierra, sino en el cielo, por lo cual, no recibió aceite preparado por algún sacerdote, sino que el Padre lo ungió para una tarea extraordinaria. Jesús mismo se identificó con dicha unción al leer en la sinagoga lo que había escrito el profeta Isaías:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a

pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor”.

Lucas 4:18 y 19

Lo dicho por Jesús en la sinagoga, fue un hecho consumado. Durante sus tres años de ministerio terrenal, ciertamente sanó enfermos, liberó cautivos, dio buenas noticias a los pobres, rescató a los oprimidos por el diablo y anunció a todos, que había llegado el tiempo de la salvación y el Reino de Dios.

Jesús era el escogido de Dios, el hombre llamado el Cristo, es decir, el ungido. Esta revelación la recibió el apóstol Pedro, quién ante el interrogante del propio Jesús contestó: ***“Tu eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente...”*** (Mateo 16:16). Por Su parte, Jesús no negó dicha afirmación, sino que alagó y recompensó a Pedro por esa acertada expresión.

La gente muchas veces, ignora la diferencia entre Jesús, que era el nombre del niño que nació en Belén en días del rey Herodes, y Cristo, que era el preexistente Hijo de Dios, quién encarnó en ese niño y llevó adelante ese glorioso plan de redención para la humanidad. El mismo profeta Isaías había escrito: ***“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz...”*** (Isaías 9:6).

El hijo nacido fue Jesús, pero el Hijo dado fue el Cristo preexistente, quién se hizo hombre, sin dejar de ser el Dios fuerte, el Padre eterno y el Príncipe de paz. Él murió por todos en esa cruz del Calvario, pero al tercer día resucitó para darnos una esperanza de vida nueva (**Romanos 6:4**). Es decir, a través de Su obra consumada, inició para todos un Nuevo Pacto en Él.

Ese Pacto no es un Pacto que Dios haya realizado con nosotros, sino con Él, y por tal motivo es un Pacto que nos garantiza el resultado final. Por la gracia soberana de Dios muchos son los llamados, pero pocos los escogidos (**Mateo 22:14**). Esa elección soberana, es la que nos da vida a través de la obra del Espíritu Santo, quien es el sello de tal elección, es la vida, y es la unción que permanece en nosotros, es quien nos señala como escogidos hijos de Dios, con propósito y destino sobre esta tierra.

El Espíritu Santo nos empodera, para cumplir el diseño de vida que Dios preparó para nosotros dentro del magno propósito en Cristo. El Nuevo Pacto no se puede vivir fuera de Cristo, no se puede vivir sin unción, por lo cual, debemos aprender a operar en Él, porque sin unción puede haber religión, pero nunca Reino. Sin unción, nadie puede posicionarse en Cristo para alcanzar plenitud de vida.

“¿Cómo sabemos que permanecemos en él, y que él permanece en nosotros? Porque nos ha dado de su Espiritu...”

1 Juan 4:13



Capítulo dos

La Unción y La revelación

“Y se levantó Jacob de mañana, y tomó la piedra que había puesto de cabecera, y la alzó por señal, y derramó aceite encima de ella...”

Génesis 28:18

La palabra unción, aparece más de 70 veces en el Antiguo Testamento, y su primera aparición se encuentra en **Génesis 31:13**, donde el Señor habla a Jacob recordando su experiencia en Betel, y diciéndole: *“Yo soy el Dios de Betel, donde tú ungiste la piedra, y donde me hiciste un voto. Levántate ahora y sal de esta tierra, y vuélvete a la tierra de tu nacimiento”*.

Esta es la historia en la cual Jacob, se encuentra huyendo de la casa de su padre por las amenazas de su hermano Esaú, quién estaba indignado, a causa del engaño por medio del cual Jacob se había disfrazado para engañar a Isaac tomando la bendición. Este es un evento crucial en el

desarrollo del plan de Dios para la gestación de Su pueblo. Si observamos las figuras que se encuentran en este hecho, notaremos su trascendencia para nosotros.

En primer lugar, encontramos que Jacob obedeciendo las advertencias de su padre y de su madre, se había ido a Padan-aram (**Génesis 28:7**) luego salió de Beerseba, y se fue a Harán (**Génesis 28:10**) donde llegada la noche se acomodó para dormir. Tomó una de las piedras de aquel paraje y la puso a su cabecera a modo de almohada y se acostó en aquel lugar, donde tuvo un sueño tremendo.

“Soñó con una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella. Y he aquí, que Dios estaba en lo alto de ella, el cual le habló...”

Génesis 28:12 y 13 VPT

Al despertar, Jacob ungió la piedra sobre la cual había recostado su cabeza durante la noche y donde había recibido ese extraordinario sueño. Todos sabemos que con Dios, las casualidades no existen, por lo tanto en cada elemento de esta escena hay un gran misterio escondido, o como dice Pablo un gran tesoro (**Colosenses 2:3**). En este caso diría que la piedra representa a Cristo, aquel sobre quién debemos descansar, aquel sobre quién debemos recostar nuestra cabeza buscando los sueños que vienen del Reino.

El aceite que derramó sobre la roca, es para nosotros, un claro símbolo de la persona del Espíritu Santo y tiene mucho que enseñarnos respecto de sus atributos. Por ejemplo, en la antigüedad se usaba el aceite como combustible para las lámparas. Gracias al aceite era posible iluminar la oscuridad. Primero en el Tabernáculo y luego en el Templo, las lámparas del candelabro debían arder con aceite puro de oliva (**Levítico 24:2**). En tal caso, comprendemos el valor de la luz para ver semejante cuadro presentado por Dios.

El libro de Hechos también nos muestra que el candelabro es la iglesia misma, porque después de ser alumbrada se convierte en luz para las naciones. El primer fuego fue encendido en Pentecostés mediante el aceite del Espíritu Santo, y sobre cada uno de los cristianos que estaban en el aposento alto se asentaron lenguas como de fuego y, por cierto, pudieron alumbrar a todos los presentes. Esa llama no debió extinguirse jamás en la historia, porque sin ella, no podemos alumbrar (**Apocalipsis 1:20**). Cuando no hay unción no hay luz, y cuando no hay revelación, no hay impartición al mundo.

El Señor Jesucristo dijo que somos la luz del mundo y nos comparó con una lámpara de aceite (**Mateo 5:14 al 16**). De la misma forma compara a su iglesia con jóvenes vírgenes de las cuales, cinco de ellas que eran insensatas traían sus lámparas, pero no tenían aceite. Es decir, tenían la Palabra (**Salmo 119:105**) pero no tenían unción para comprenderla

(**Mateo 25:3**). Estas jóvenes insensatas representan a las iglesias sin fuego, sin el obrar del Espíritu Santo, porque si bien conocen de la Palabra y aún la usan, no permiten que sea el Espíritu Santo quien las use y fluya con poder.

En **Génesis 28:22** y después de ungir la piedra Jacob dijo: *“Y esta piedra que he puesto por señal, será casa de Dios”*, y nosotros sabemos hoy que en realidad la casa de Dios es la Iglesia, por lo tanto, no debemos ignorar esos hechos acontecidos, porque ciertamente son portales para la revelación.

Diferentes versiones bíblicas cambian el término “señal”, no solo traduciéndolo de esa manera, sino también como “columna” (**RBR**), también como “estela” (**Castilian**), como “pilar” (**DHH**), como “memorial” (**RVA**), como un “título” (**OSO**) o como un “monumento de la visión” (**ORO**). Esto es muy revelador, porque una almohada sirve para descansar, pero un pilar, una columna, un memorial, un título o un monumento sirve para señalar e identificar claramente un ámbito determinado.

En los días de Jacob fue una piedra, pero hoy en día la roca que señala el Reino de Dios es la Iglesia. Nosotros somos el cuerpo de Cristo y Su cuerpo es el fundamento sobre el cual, Él manifiesta el Pacto. La unción es lo que permite esta expresión, porque sin ella no habría rocas vivas, y sin vida no hay cuerpo que pueda manifestarse al mundo.

Por supuesto que al referirme a la Iglesia como casa de Dios, no estoy pensando en los salones de reunión en los cuales nos congregamos. Me estoy refiriendo a cada uno de nosotros, que somos moradas de Dios en el espíritu (**Efesios 2:22**). Esto es muy trascendente, porque esa casa que vio Jacob tenía un portal conectado al cielo, una escalera y un verdadero movimiento angelical.

La Iglesia, tal como lo fue Jesús, es el único portal al cielo, y así como la gracia puede fluir a través de la Iglesia, los ángeles acceden a sus operaciones. Jesús en su momento le dijo a Natanael: *“De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre”* (**Juan 1:51**). Él fue la puerta de acceso a las dimensiones celestiales (**Juan 10:9**). Él fue la Roca, la Señal del Padre, la unción en la tierra, y hoy nosotros hemos recibido ese tremendo privilegio.

Dios tiene la intención de hacer de la Iglesia Su expresión corporativa. No existe el Pacto fuera de Cristo y no existe ninguna posibilidad de acceder al Reino sin la unción, que es nada menos que Su vida. Debemos tomar consciencia de esto, porque los últimos tiempos serán muy duros para la Iglesia, y no podremos enfrentarlos sin la unción del Señor.

En el desierto había muchas rocas, pero la unción sobre una de ellas, la convirtió en una señal divina. Hoy podemos tener muchas congregaciones en el mundo, pero la unción es lo único que las vuelve en testimonios válidos.

Congregaciones sin unción, solo son centros de impartición religiosa, pero nunca portales del cielo.

Personalmente creo que antes de la venida del Señor, tendremos sobre la tierra un avivamiento como jamás se ha visto, y será un avivamiento de gran presencia divina. La Iglesia nació a través de un avivamiento en el pentecostés. Esa fue la lluvia temprana que preparó la tierra para comenzar la siembra del evangelio. Luego hemos tenido a través de la historia, lo que yo llamo algunos chubascos capaces de mantener viva la esencia de la Iglesia, pero para encarar los días finales, necesitamos un derramar mucho más intenso.

Yo creo que, en los días venideros, recibiremos la llamada lluvia tardía. La lluvia que prepara la tierra para la última gran cosecha, antes de la venida del Señor. Necesitamos despertar a esta verdad eterna, velar y clamar para que esto se concrete. No expreso esto como un simple deseo, es lo que creo que debe ocurrir para presentar al Señor una Iglesia gloriosa y digna de recibirlo.

“Vosotros también, hijos de Sion, alegraos y gozaos en Jehová vuestro Dios; porque os ha dado la primera lluvia a su tiempo, y hará descender sobre vosotros lluvia temprana y tardía como al principio. Las eras se llenarán de trigo, y los lagares rebosarán de vino y aceite...”

Joel 2:23 y 24

Entiendo que esta profecía es considerada por algunos teólogos como una expresión dirigida solo a Israel, pero observando que, en el pentecostés, el apóstol Pedro citó al profeta Joel, pienso que bien vale su contenido.

De todas maneras Joel no es el único que se refirió a un tiempo de cambio que puede considerarse a nivel mundial. El profeta Isaías también expresó lo siguiente: ***“Porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda; tu descendencia heredará naciones y habitará las ciudades assoladas” (Isaías 54:3)***. Esta palabra también es situada por algunos en la obra consumada de Cristo y la experiencia del pentecostés, y yo no tengo problemas con eso, lo aclaro porque no pretendo forzar ningún texto, solo menciono que hay pasajes utilizados para señalar un posible avivamiento antes de la venida del Señor.

Muchos estudios bíblicos consideran una doble aplicación a varios pasajes de Isaías. Es decir, consideran que el profeta no hablaba tan solo acerca de Israel después de su cautiverio en Babilonia, sino que también lo hacía acerca de la Iglesia, en su observación espiritual. De hecho, el apóstol Pablo pareciera recordar las enseñanzas de Isaías cuando hace referencia a la ***“Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre...” (Gálatas 4:26)***.

Pablo vio la profecía de Isaías como dirigida a los hijos de la promesa, aquellos alcanzados por la gracia de Cristo. En tal caso y si fuera así, la profecía de Isaías aún no se ha

cumplido. En resumen, no se ha cumplido porque el profeta dice que habrá una expansión a la mano derecha y a la mano izquierda, de manera que la descendencia heredará naciones.

Yo sé muy bien que en los últimos días vendrán tiempos difíciles (**2 Timoteo 3:1**) sé que algunos apostatarán de la fe, prestando atención a espíritus engañosos y a doctrinas de demonios (**1 Timoteo 4:1**) sé que tinieblas cubrirán la tierra y oscuridad a las naciones, pero también entiendo que sobre la Iglesia amanecerá el Señor y sobre la Iglesia será vista Su gloria (**Isaías 60:2**). Si desean también pueden atribuir este accionar a Israel, pero nunca hemos visto tanta oscuridad sobre las naciones como en este tiempo, y la Iglesia es la única que puede alumbrar a esta sociedad.

Déjenme creer que el Señor no vendrá para encontrarse con una Iglesia tibia, distraída y somnolienta como la que tenemos hoy. Yo creo que la Iglesia recibirá un derramar del Espíritu Santo que la retornará a la vida espiritual y al verdadero poder del Reino. *“Y sucederá en los últimos días que el monte de la casa del Señor será establecido como cabeza de los montes; se elevará sobre las colinas, y afluirán a él los pueblos”* (Miqueas 4:1).

Mi opinión de la Iglesia actual, tal como aclaré en la introducción, no está basada en una congregación determinada, ciertamente trato de que mi mirada sea panorámica y global, generada por informaciones concretas y no solo a través de experiencias personales. Yo sé muy bien

que muchas congregaciones están en plenitud, vivas, atentas, gozosas y trabajando muy bien para el Reino, pero al final todos arribaremos juntos al llamado del Señor, y es por eso que considero fundamental el estado corporativo para evaluar correctamente.

Hace varios años ya, que vengo trabajando para alertar y despertar a la Iglesia adormecida. Mis materiales dan testimonio de eso. Creo fervientemente en el trabajo que estamos realizando muchos ministros para lograr eso, pero también sé, que si Dios no hace algo sobrenatural y contundente, el avance que estamos logrando es demasiado lento, lo cual lo vuelve ineficiente. En el mundo actual está creciendo vertiginosamente la densidad de las tinieblas, y la Iglesia no está alumbrando como debería.

La mejor contribución que todo pastor debería hacer, es cobrar coraje para que los cambios sean determinantes. Es cierto que las estructuras gobernantes sobre las diferentes denominaciones, ponen un freno a quienes logran ver otra verdad espiritual. Sin embargo, estoy persuadido, que, si todos ponemos nuestros ojos y nuestro corazón solo en el Señor, podremos cambiar conforme el Espíritu Santo nos demande.

La unción sobre la Iglesia viene para gobernar. El sueño de Jacob, ciertamente fue divino, pero no perseguía la intención de entusiasmarlo, sino de generar una revelación. Jacob después de semejante visión y después de recibir las

Palabras de Dios, siguió su camino a casa de Labán y se metió en un sistema de trabajo y de sudor, que lo tuvo oprimido por más de veinte años. Nosotros debemos tener cuidado, porque hoy en día el sistema está esclavizando a muchos hermanos y por cómo se presenta el avance de la agenda globalista, las cosas en ese aspecto se pondrán peor.

Dios le mostró a Jacob que los cielos estaban abiertos, le mostró una escalera que le figuró un acceso a las dimensiones celestiales. El tránsito angelical le certificó el acceso, y él demostró creer en todo eso, poniendo señal y derramando aceite sobre la roca. No tendría que haber seguido su camino como si nada hubiera pasado. Alcanzar la bendición con sus propias fuerzas, no era el plan que Dios tenía para su vida.

En la Iglesia actual, tenemos mucho de Jacob, porque declaramos los cielos abiertos, porque sabemos que tenemos acceso a Dios, porque creemos en las manifestaciones de poder y en el accionar de los ángeles, nos plantamos como señal y hablamos de la unción, pero al final, la mayoría de los hermanos solo viven al nivel de sus limitaciones, expandiéndose solo hasta donde les dan las fuerzas y las propias capacidades.

Hoy Labán es el sistema, y congregaciones enteras viven bajo las manipulaciones del mismo. Trabajamos mucho, producimos para el sistema, pero poco recibimos a cambio. Tenemos muchos proyectos, pero no tenemos

recursos, decimos ser benditos, pero no hacemos diferencia con ningún impío.

Yo tengo el privilegio de hablar con muchos pastores, todos y cada uno de ellos, tienen claros deseos de avanzar en la obra y por supuesto, también progresar de manera personal, pero ellos mismos concluyen en que, lo que más limita a la Iglesia en todo lugar del mundo, es la falta de una verdadera mentalidad de Reino producida desde la revelación. Los diseños que muchas veces se utilizan para trabajar no siempre están ligados a lo que Dios desea, y así como sucede en una congregación, sucede en la vida de los hermanos.

La falta de gobierno espiritual, hace que debiendo vivir como verdaderos hijos del Rey, solo vivamos como creyentes. En general terminamos siendo gente que cree, que adora, que procura vivir honestamente, pero que no accede al propósito de Dios. De hecho, cuando actuamos de esa manera, solo terminamos intentando meter a Dios en nuestros diseños.

Una cosa es conocer a Dios, recibir Su gracia y pedirle que nos ayude a vivir mejor, y otra muy distinta es comprender que al Pacto se entra por muerte. Primero la muerte de Jesucristo para darnos vida, y luego nuestra muerte voluntaria para vivir en Él. Su muerte fue el suceso ocurrido hace más de dos mil años en el monte Calvario, pero nuestra

muerte es el resultado de un proceso generado por la negación diaria a nuestro yo.

La idea de morir al yo, no implica pedirle a Dios, que nos ayude en nuestros planes de vida, sino rendirnos a Él en todo, aceptando incluso, renunciar a nuestros planes, para aceptar los suyos que ciertamente son mucho mejores. Eso no se puede realizar sin unción, porque la unción es la que produce en nosotros tanto el querer, como el hacer por Su buena voluntad (**Filipenses 2:13**).

De lo que sí podemos estar seguros, es que Sus pensamientos para nosotros, son buenos, agradables y perfectos (**Romanos 12:2**). Lo mejor que podemos hacer en nuestra vida, es rendirnos a Su gobierno, caminar en Su voluntad y disfrutar lo que implica ser plenos y benditos.

Jacob no comprendía la bendición. Después de ver una puerta abierta en el cielo, la escalera y los ángeles, se marchó en pos de sus planes. Tal vez como él mismo lo mencionó, pensaba que Dios lo respaldaría en todo, pero la bendición no funciona así. Observemos lo que dijo:

“E hizo Jacob voto, diciendo: Si fuere Dios conmigo, y me guardare en este viaje en que voy, y me diere pan para comer y vestido para vestir, y si volviere en paz a casa de mi padre, Jehová será mi Dios...”

Génesis 28:20 y 21

Dios no es nuestro Dios porque puede estar con nosotros, porque puede guardarnos en las adversidades de la vida, porque nos puede dar pan, vestido o bienes materiales. Dios es Dios y punto. Cuando Dios no se nos revela en Su esencia, procuraremos ver cosas para certificar Su presencia. Es por eso que muchos hermanos necesitan que les vaya bien para glorificar a Dios, para honrarlo y para servirlo.

La sola visión que tuvo Jacob, era más que suficiente como para reconocer a Dios por toda una eternidad, y como si fuera poco Dios se dignó a hablarle diciéndole: *“Yo soy Jehová, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente. He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho”* (Génesis 28:13 al 15).

Ante semejante palabra Jacob unge la piedra, pero la verdad es que no había entendido nada. Él llamó aquel lugar Betel, pero en realidad “Luz” era su nombre (Génesis 28:19). Tal como muchos cristianos hoy en día, cuando van a la Iglesia saben que están en la casa de Dios, pero no tienen verdadera luz para comprender el alcance del Pacto.

Si al leer mis palabras, alguien cree que yo subestimo a Jacob, le aseguro que no es mi intención, este personaje llegó a ser Israel. Solo digo que, en esta etapa de su vida, experimentó una situación extraordinaria y en realidad no la entendió. Por eso tuvo que vivir todo el proceso que lo esperaba por delante. Tampoco estoy subestimando la capacidad de la Iglesia, por el contrario, estoy exponiendo que si nos alcanza la revelación con todo su esplendor, llegaremos a comprender quienes somos en Cristo y qué es realmente la bendición.

Jacob fue un hombre natural, que solo se manejó a través de sus sentidos físicos y la gracia del Señor, pero nosotros como Iglesia, ya hemos recibido todo en Cristo. La realidad que nos acecha no es aceptable, y yo la atribuyo absolutamente a la falta de unción. No es que no la tengamos, sino que no estamos viviendo las dimensiones de unción que deberíamos disfrutar.

Veamos que después de semejante experiencia Jacob se enamora de Raquel, pactó con Labán trabajar por ella por siete años, cuando en realidad tendría que haber orado a Dios, porque si ella era parte de Su voluntad, tal como quedó demostrado en el futuro, el Señor se la podría haber concedido sin derramar tanto sudor de su frente.

Lógicamente, lo que no viene de Dios, añade tristeza, por eso Labán su suegro, la misma noche de boda le cambió la esposa y en lugar de darle a Raquel como habían pactado,

le dio a Lea su hija mayor. Esto, no solo añadió dolor a Jacob, sino también se le sumaron siete años más de trabajo. Sinceramente cuando veo estas cosas en la vida de Jacob, no puedo dejar de ver a muchos hermanos esforzándose por alcanzar algo que deberían buscar primeramente en Dios.

Si Jacob hubiera buscado primeramente la presencia de Dios, Su dirección y Su sabiduría, no tendría que haber pasado por tantas adversidades. Incluso llegando a pelear en Peniel con el Ángel del Señor, quién le asestó un golpe que lo dejó cojo para toda la vida. Vivir bajo el gobierno de Dios, es encontrar en Su presencia una dirección clara de todo lo que debemos emprender.

Como Iglesia, nuestra prioridad debe ser la unción, porque en la vida está la revelación (**Juan 1:4**) y en la revelación la dirección correcta, el gobierno de Dios y el poder para ejercer Su perfecta voluntad. Sin unción no hay Pacto, porque el Pacto solo es funcional al Hijo y fuera de Él no hay más que esfuerzo humano y dolor.

Si queremos ser un portal del cielo, el acceso, la casa, la señal, la Palabra y la vida de Dios en la tierra, debemos procurar la unción. Ese debe ser nuestro enfoque y esa debe ser nuestra única pasión.

***“En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia;
Estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza”.***

Salmo 17:15

Capítulo tres

Cambio vara Por Nuevo Pacto

“También Jehová dijo a Jacob: Vuélvete a la tierra de tus padres, y a tu parentela, y yo estaré contigo”.

Génesis 31:3

Jacob se estableció en Harán, donde procuró alcanzar todo lo que había deseado, una familia y un buen pasar financiero. Lamentablemente para él, tuvo que trabajar duramente por más de veinte años para lograrlo. Labán utilizó la manipulación y las malas intenciones para aprovecharse de Jacob todo lo posible.

Mientras que Raquel permanecía estéril, Lea dio hijos a Jacob, al igual que su sierva Zilpa, quién también le dio hijos, y Bilhá, la sierva de Raquel. Luego sí fue ella, la amada de Jacob, quien al final pudo tener dos hijos, José y Benjamín, aunque fue el parto de este último que derivó en su muerte.

En el tiempo que Jacob volvió a su tierra, tuvo que enfrentarse a su hermano Esaú, porque aunque ya habían transcurrido casi veinte años desde que se habían visto por última vez, el recuerdo de la amenaza de muerte aún estaba en él (**Génesis 32:11**). De camino, Jacob envió mensajeros delante de él con presentes y la instrucción de decirle a Esaú que él venía tras de ellos.

Los mensajeros volvieron a Jacob diciéndole que Esaú venía a reunirse con él, pero que venía junto con cuatrocientos hombres. Con el temor de que Esaú viniera a destruirlo, Jacob dividió a su familia en dos grupos, esperando que al menos uno de esos grupos pudiera escapar del ataque. Jacob oró a Dios para que lo salvara, recordándole que había sido Él quien lo había enviado de regreso a la tierra de Abraham, prometiéndole el bien y la multiplicación de su descendencia (**Génesis 32:9 al 12**).

Jacob seleccionó más presentes para Esaú, los cuales él envió adelante con siervos que iban en grupos, con la esperanza de apaciguar a Esaú. Esa noche también despidió a sus esposas e hijos. Mientras estaba solo, en medio de la noche y temiendo por su vida, Jacob luchó con un varón que luego supo que era el Ángel del Señor (**Génesis 32:22 al 31**).

El varón tocó el muslo de Jacob descoyuntándolo, pero ni aun cuando rayaba el alba Jacob lo dejó ir. Pidió una bendición y se le dijo: *“No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los*

hombres, y has vencido” (Génesis 32:28). Jacob le preguntó al varón su nombre y luego comprendió que era Dios.

Jacob nombró el lugar Peniel, reconociendo que había visto a Dios y, sin embargo, Dios había preservado su vida. Este combate y el cambio de nombre, marcó un nuevo comienzo para Jacob, y el reencuentro con Esaú no fue el ataque que había temido ya que aquel corrió a su encuentro, le abrazó, y se echó sobre su cuello, le besó, y juntos lloraron (**Génesis 33:4**).

Con el tiempo, Dios apareció nuevamente a Jacob y confirmó Su bendición (**Génesis 35:9 al 13**). En el encuentro de Jacob con Dios, recibió la promesa de que reyes y muchas naciones saldrían de él y que la tierra que Dios había prometido a sus antepasados sería su herencia (**Génesis 35:11 y 12**).

Raquel fue la esposa favorita de Jacob, y sus hijos José y Benjamín fueron sus hijos preferidos. De hecho, José fue tan favorecido que sus hermanos se pusieron celosos y lo vendieron como esclavo. Pero Dios estaba con José, por lo cual pasó de la cárcel, donde estaba por una falsa acusación, al gobierno, donde el faraón le otorgó todo el poder para gestionar la economía de la nación.

“Y dijo Faraón a sus siervos: ¿Acaso hallaremos a otro hombre como éste, en quien esté el espíritu de Dios? Y dijo Faraón a José: Pues que Dios te ha hecho saber todo esto,

no hay entendido ni sabio como tú. Tú estarás sobre mi casa, y por tu palabra se gobernará todo mi pueblo; solamente en el trono seré yo mayor que tú. Dijo además Faraón a José: He aquí yo te he puesto sobre toda la tierra de Egipto”.

Génesis 41:38 al 41

Las promesas de Dios sobre Abraham, permanecieron por siempre sobre Isaac, sobre Jacob y sobre toda su descendencia. Notemos que sus experiencias de vida, fueron muy diferentes, pero la mano de Dios siempre estuvo sobre ellos. La historia de José fue muy significativa al respecto, porque la unción que operó sobre su vida, lo capacitó con sabiduría para obras extraordinarias.

La opinión de faraón sobre su vida, nos permite ver, incluso conociendo los resultados finales, que José fue un hombre sabio por causa de la operación del Espíritu Santo sobre su vida. Debemos comprender que Dios es la única fuente de la verdadera sabiduría, y que todos padecemos claras limitaciones en nuestra manera de comprender la realidad.

Debemos comprender que Dios no solamente lo sabe todo, sino que pacientemente desea enseñarnos para que podamos comprender Su voluntad. Debemos vivir conscientes de Su sabiduría y de nuestra ignorancia. Dios siempre opera desde la verdad, mientras que nosotros solo imaginamos tenerla de vez en cuando (**Romanos 11:33**).

La libertad producida por la verdad, es lo que Dios nos ofrece a través del Espíritu Santo. Eso solo es el resultado de la gracia. Dios es nuestro maestro y el único que merece nuestra admiración y devoción. José vivió un tiempo muy adverso, y sin embargo, comprendió la dependencia para salvar del hambre al mundo conocido de su época.

José dependió de Dios y logró cambiar el futuro de una nación, algunos hermanos hoy en día no logran equilibrar el estado financiero de su familia. El motivo es simple, José dependió absolutamente de la dirección de Dios, y muchos cristianos hoy en día, solo pretenden dirigir a Dios a través de sus oraciones o simplemente piden la bendición para sus planes.

Por otra parte, quienes tenemos la tarea de enseñar, debemos operar bajo una clara dependencia del Espíritu Santo, y digo clara, no solo porque debemos tenerlo en claro a la hora de prepararnos, sino que siempre que tengamos la oportunidad, debemos dejarlo en claro para toda la audiencia. La gente debe notar y saber, que somos absolutamente dependientes y necesitados de la intervención divina.

Nosotros somos mensajeros de Dios, pero no tenemos la autoridad para implementar nuestros diseños, ni la infalibilidad para actuar con altanería intelectual. Cuando confundimos nuestra voz y nuestra enseñanza con la única verdad de Dios, caemos en el orgullo, lo cual pervierte la enseñanza correcta impartida con unción.

Los errores y las injusticias más grandes en el ministerio, se producen cuando algunos asocian sus preferencias y opiniones con los fundamentos centrales de la fe cristiana. Esto les hace pensar que son el centro de la sabiduría divina y asumen ante toda diferencia doctrinal, que todos los demás están equivocados. Tristemente esta actitud es muy común en muchos pastores y maestros cristianos que seguramente creen que su ministerio es luchar por la fidelidad del mensaje bíblico, pero no contemplan la posibilidad de sus errores. La humildad es una característica esencial de la enseñanza con unción.

Creo que los procesos vividos por José lo prepararon para el gobierno. Cuando todo parece salirnos mal, cuando parece que tratando de hacer la voluntad de Dios, caemos en picada libre, debemos considerar la mano del Señor edificando un corazón humilde. Algunos fracasan cuando claudican y muchos otros cuando avanzan con sus propias capacidades. Si nos sometemos al trato del Señor, Él nos preparará para la unción de sabiduría.

Todos necesitamos la dirección de Dios y la iluminación del Espíritu Santo. Solamente el Espíritu Santo conoce completamente las profundidades de la voluntad del Padre y nos puede revelar las cosas que ojo no ha visto, ni oído ha escuchado, ni han subido al corazón de nadie, pero Dios las tiene reservadas para los que aman Su presencia (**1 Corintios 2:9 al 13**).

La verdadera sabiduría viene de Dios el cual nos invita a depender de Él para vivir y enseñar con rectitud (**Santiago 1:5**). Por lo tanto, una dependencia total a través de una profunda comunión con el Espíritu Santo, es indispensable para la enseñanza de sabiduría espiritual. Un buen sermón intelectual, entregado con elocuencia, puede ser el resultado de la capacidad humana, pero un verdadero mensaje del Señor, solo es el resultado de un corazón humilde y entregado en dependencia absoluta al Espíritu Santo.

Cuando José llevó su familia a Egipto, solo entraron unas setenta personas, pero después de varios años se multiplicaron grandemente, a la vez que subió al poder en Egipto un faraón que no conocía a José (**Éxodo 1:8**) entonces los hebreos fueron sometidos a esclavitud. En ese tiempo, una mujer llamada Jocabed, logró salvar a su hijo, permitiendo que el río se lo llevara en una canastita. Ese niño fue Moisés, de quién todos conocemos su historia.

Moisés fue una de las figuras más destacadas en el Antiguo Testamento, porque fue el hombre escogido para generar redención a su nación. Concretamente, Dios eligió a Moisés para guiar a los israelitas del cautiverio de Egipto y llevarlos a la salvación en la tierra prometida.

Moisés también es reconocido como el mediador del antiguo Pacto, se lo conoce comúnmente como el dador de la Ley y el autor principal del pentateuco, los primeros cinco libros de la Biblia. El papel de Moisés en el antiguo

testamento, es una sombra, y a la misma vez, un contraste perfecto para comprender la obra de Jesucristo. Como tal, su vida contiene una riqueza inigualable.

Mientras Moisés crecía en casa de faraón hasta su edad adulta, conociendo sus raíces, comenzó a identificarse con el sufrimiento de su pueblo. En una ocasión presenció que un egipcio estaba golpeando a un esclavo hebreo, entonces intervino y mató al egipcio, pero a poco, en otro conflicto, un hebreo sarcásticamente le preguntó: “*¿Piensas matarme como mataste al egipcio?*” (**Éxodo 2:14**). Dándose cuenta de que su acto criminal había sido divulgado, Moisés huyó a la tierra de Madián, donde conoció a Séfora quién sería su esposa (**Éxodo 2:15 al 21**). En ese tiempo, Moisés vivió en Madián por cerca de cuarenta años.

El siguiente incidente importante en la vida de Moisés, fue su encuentro con Dios frente a la zarza que ardía sin consumirse (**Éxodo 3 y 4**) allí, fue donde Dios llamó a Moisés para convertirlo en el libertador de Su pueblo. A pesar de su excusa inicial y de la reiterada petición para que Dios enviara a alguien diferente, Moisés accedió a caminar en su propósito.

“Y el Señor le dijo: ¿Qué es eso que tienes en la mano? Y él respondió: Una vara...”

Éxodo 4:2

Cuando Dios llamó a Moisés, él ya tenía una vara en su mano, pero esa vara no pasaba de ser un simple cayado pastoral, un simple palo sobre el cual Moisés se había apoyado día tras día, durante cuarenta años. Sin embargo, cuando el Señor puso Su unción sobre ella, la vara pasó a estar al servicio de Dios y con ella fueron hechas cosas extraordinarias.

Lo primero que Dios hizo para demostrarle a Moisés su herramienta de poder, fue que la vara se convirtiera en una culebra (**Éxodo 4:3**) y aunque la Biblia no da detalles al respecto, esto debe haber sido muy impactante para Moisés, porque él tuvo durante muchos años esa vara en su mano, y de pronto vio que estuvo tomado de lo que podía ser una serpiente.

Cuando la unción de Dios es derramada, cualquier instrumento común, simple y sin virtudes, puede transformarse en una herramienta divina y excepcional. Mientras la vara no estuvo a disposición de Dios, no fue más que la simple vara de un campesino. Sin embargo, cuando fue puesta en el Altar del Sacrificio, pasó a ser la Vara de Dios y las Escrituras lo dicen claramente: *“Moisés tomó su mujer y sus hijos, los montó sobre un asno y volvió a la tierra de Egipto. Tomó también Moisés la vara de Dios en su mano. Y el Señor dijo a Moisés: Cuando vuelvas a Egipto, mira que hagas delante de Faraón todas las maravillas que he puesto en tu mano...”* (Éxodo 4:20 y 21).

Dios determinó enviar con Moisés a su hermano Aarón, para que oficiara de interlocutor frente a faraón. El resto de la historia es bastante conocida. Moisés y su hermano Aarón, visitaron a faraón en nombre de Dios y le exigieron que dejara ir al pueblo para adorar a Dios. El faraón obstinadamente se negó en cada ocasión. Entonces, diez diferentes plagas a modo de juicio, cayeron sobre el pueblo y sobre la tierra a través del poder que operó en esa vara.

Después del Éxodo, Moisés llevó al pueblo a la orilla del mar Rojo, donde Dios proveyó de otro milagro para salvarlos. En ese caso, Moisés se sintió abrumado porque él había usado la vara para generar las plagas, pero no sabía qué hacer con el mar. Sin embargo el Señor le dijo: ***“Tú alza tu vara, y extiende tu mano sobre el mar, y divídelo, y entren los hijos de Israel por en medio del mar, en seco...”*** (Éxodo 14:16).

La unción en un simple palo de madera, no solo puso en jaque a la nación más poderosa de la tierra, sino que además le abrió camino al pueblo, exterminando definitivamente al ejército de los egipcios. Realmente parece que no comprendemos el poder que hay en la unción, cuando funciona bajo la autoridad del Padre.

Hoy en día tenemos canciones que hablan de la unción, que claman por la unción, luego oramos pidiendo la unción, pero al final, no hacemos diferencia en la gestión de la fe. Es como si después de recibirla siguiéramos pensando que todo

se trata de nosotros. Evaluamos nuestras capacidades, nuestros recursos y nuestro potencial, pero no comprendemos lo que realmente significa operar en el poder de la unción.

Predicamos mil sermones sobre Moisés y admiramos profundamente el poder de sus milagros. Sin embargo, estoy completamente seguro de que Moisés no dudaría ni un instante en cambiarnos su vara, por el Pacto que tenemos el privilegio de vivir. Nosotros lo admiramos por sus hechos, pero estoy seguro que si él pudiera vernos, estaría deseando vivir al menos un día en el Nuevo Pacto.

Moisés tuvo una vara de madera, hizo milagros, conoció de cerca el poder de Dios. Comió del maná, bebió agua de la roca, subió al monte Sinaí, e incluso pudo ver la gloria de Dios, pero nunca pudo vivir en la persona de Cristo. El Nuevo Pacto no es un Pacto que vivimos por el solo hecho de creer en Dios. El Nuevo Pacto es la gracia hecha sustancia en Cristo.

Creer en Dios no es ninguna virtud especial, porque aun los demonios también creen (**Santiago 2:19**) pero vivir en Cristo es la consumación de la gracia soberana, y eso es algo a lo que nadie puede acceder por voluntad propia. Ciertamente no es comparable el vivir en Cristo que haber tocado alguna de sus sombras.

Moisés fue un hombre que siempre anheló estar cerca de la presencia de Dios. Él subió al monte y ayunó durante cuarenta días con tal de acceder a Su lugar alto, bajó con las tablas de la Ley, edificó el tabernáculo y en todo momento procuró llevar adelante la voluntad de Dios, pero nunca logró lo que nosotros hemos recibido por la gracia soberana.

La unción estuvo en esa vara, en el monte y en el tabernáculo, pero nunca dentro de Moisés. Nosotros vivimos un Pacto glorioso, porque somos la vara, el monte y el tabernáculo, ***“Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: Porque linaje suyo somos...”*** (Hechos 17:28).

No existe ninguna lógica humana, respecto de que podamos vivir en alguien y ser uno en Él (**1 Corintios 6:17**) excepto la revelación de este Nuevo Pacto. La gente admira los milagros de Moisés, pero vivir en Dios es lo más glorioso que un ser humano pueda alcanzar, no hay comparación al respecto. Jesús dijo:

“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.”

Juan 15:5

Vivir en Cristo es permanecer en Él, tal como los pámpanos permanecen en la vid. Esto significa que los pámpanos se nutren de la vida de la vid para dar fruto. La vid

tiene muchos pámpanos y todos los pámpanos son los que completan el árbol. Sin una vid, los pámpanos solo serían ramas secas y sin vida, de la misma manera sin sus pámpanos una vid, no sería un árbol completo, porque solo dará frutos a través de ellos.

La unción tenía el propósito de liberar a los hebreos y necesitó de un canal de expresión para lograrlo, por eso se manifestó en una simple vara. Hoy persigue otro propósito, que es anunciar el evangelio del Reino en todas las naciones de la tierra antes del retorno del Rey, y también necesita de canales para la expresión de la vida, y nosotros tenemos ese privilegio.

Vivir en Cristo como la corporificación de Dios, significa que tomamos a Cristo como el ámbito de nuestra habitación de vida, a la vez que Él nos toma como Su ámbito para la expresión de Su vida. Él en nosotros, nosotros en Él ¿Cómo no desearía Moisés cambiarnos su vara por vivir la plenitud del Nuevo Pacto?

“En esto conocemos que permanecemos en Él, y Él en nosotros, en que nos ha dado de Su Espíritu. Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo el Salvador del mundo. Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios...”

1 Juan 4:13 al 15

Capítulo cuatro

Satanás el peluquero

“Y Dios dijo a Moisés: He aquí, tú vas a dormir con tus padres, y este pueblo se levantará y fornicará tras los dioses ajenos de la tierra adónde va para estar en medio de ella; y me dejará, e invalidará mi pacto que he concertado con él; y se encenderá mi furor contra él en aquel día; y los abandonaré, y esconderé de ellos mi rostro, y serán consumidos; y vendrán sobre ellos muchos males y angustias, y dirán en aquel día: ¿No me han venido estos males porque no está mi Dios en medio de mí?”

Deuteronomio 31:16 y 17

El Señor le dijo a Moisés que su tiempo se había terminado, y que sería reemplazado por Josué (**Deuteronomio 31:3**) no sin antes aclarar que el pueblo se desviaría de sus mandamientos y que serían afectados por las costumbres de aquellos pueblos que estaban ocupando la tierra.

Moisés terminó sus días en soledad, mirando la tierra desde una montaña y a pesar de traspasar el mando a Josué,

no le entregó la vara, sino que se la llevó, de manera que desapareció para siempre junto con su cuerpo. Esto creo que no fue el resultado de un descuido o de una casualidad, creo que el Señor no permitió que la vara sea conservada en algún lugar, porque estoy seguro que de ser así, aun hoy en día se harían grandes procesiones para ir a tocarla. Lo mismo ocurrió con el arca del Pacto, teniendo la trascendencia que tuvo, es increíble que haya desaparecido para siempre, a menos que el Señor así lo haya determinado.

El Libro de Jueces, es una trágica narración de cómo Dios fue subestimado por Su pueblo año tras año, de hecho, es un triste contraste con el libro de Josué, que narra la conquista de la tierra por parte de un pueblo que fue obediente y determinado.

En Jueces, vemos que se levantaron generaciones desobedientes e idólatras, tal como el Señor lo había anticipado, y por amor, a pesar de permitir más de una vez los ataques extranjeros, el Señor nunca dejó de abrir Sus brazos de restauración a Su pueblo, cada vez que se arrepentían de sus malvados caminos e invocaban Su nombre (**Jueces 2:18**).

A través de quince jueces diferentes, Dios honró Su promesa a Abraham de proteger y bendecir a sus descendientes (**Génesis 12:2 y 3**). Después de la muerte de Josué y sus contemporáneos, los israelitas inclinaron sus corazones a los falsos dioses como Baal y Astarot. En esos

casos, el Señor permitía que los israelitas sufrieran las consecuencias de su desobediencia y en el arrepentimiento los ayudaba con amor.

Cuando Dios apartaba Su mano, caía sobre ellos la oscuridad y el dolor, entonces y solo entonces, el pueblo imploraba por Su ayuda. En esos casos, el Señor les levantaba jueces, hombres que recibían una unción especial para ejercer el poder sobrenatural del Espíritu y poner en su lugar a los extranjeros, vengando al pueblo de tanta maldad.

Guardando Su parte del pacto con Abraham, Dios salvó a Su pueblo de sus opresores a lo largo de casi quinientos años, y podríamos considerar que uno de los jueces más notable fue Sansón, quien llegó a dirigir a los israelitas después de que sufrieran unos cuarenta años de cautividad bajo el gobierno de los despiadados filisteos.

La vida de Sansón fue muy contradictoria, porque fue un hombre consagrado, para ser nazareo desde su niñez (**Jueces 13:5**). El término nazareo viene del hebreo “*nazar*” que significa separar, o de “*nezer*” que significa corona. La persona que hacía un voto semejante, tenía que separarse o abstenerse de ciertas cosas, como vino, sidra, vinagre, licor de uvas, uvas frescas o secas, etcétera (**Números 6:1 al 2**).

Los nazareos no debían acercarse a una persona muerta y mucho menos tocarlo. No debían cortarse el cabello de su cabeza, el cual venía a ser como la corona de su consagración

(**Números 6:5 al 8**). Al término de un voto nazareo, el consagrado tenía que hacer ciertas ofrendas cuidadosamente estipuladas, raparse luego la cabeza, quemar el cabello y dar un regalo al sacerdote. Después de eso podía volver a beber vino normalmente (**Números 6:12 al 21**). En el caso de Sansón, la diferencia es que fue declarado nazareo antes de su nacimiento (**Jueces 13:5**) al igual que Samuel (**1 Samuel 1:11**) y Juan el Bautista (**Lucas 1:15**) lo cual implicaba que los consagrados debían sostener durante sus vidas, esa manera de vivir para Dios.

Cada consagrado bajo asignación divina, era usado por Dios de manera diferente y especial, dependiendo de la necesidad y misión que Dios les asignara. En el caso de Sansón, era necesario la fuerza, porque debía librar al pueblo de la opresión de los filisteos. Es por eso, que si la unción lo tomaba, se convertía en un hombre de una fuerza física inigualable.

Sansón era nazareo y ciertamente Dios lo usaba con poder, pero a la vez, siempre mostró una gran debilidad moral. Fue juez durante veinte años y en más de una ocasión rompió las reglas de su consagración. Es decir, al ver sus historias, encontramos que muchas veces el Espíritu de Dios lo tomaba dándole gran fuerza para luchar contra los filisteos, pero en general, los motivos no fueron más que excusas, porque la mayoría de sus conflictos fueron personales, egoístas y cargados de orgullo. De hecho, no parecía importarle mucho su nación.

Una vez más vemos en la historia de Sansón, a Dios utilizando a un hombre imperfecto y pecador para cumplir Su voluntad. Una vez más vemos la gracia, operando a pesar de la vigencia de la Ley. En realidad, si no fuera por la gracia, ningún personaje bíblico, ni ninguno de nosotros, tendríamos el derecho legal de portar la unción del Espíritu Santo.

La diferencia entre ellos y nosotros, es que ellos eran escogidos soberanamente y luego debían guardar justicia para cumplir con su propósito. En nuestro caso, diría que también fuimos escogidos soberanamente, pero funcionamos en la justicia de Cristo, no en la nuestra. Eso no nos libra de responsabilidad, es lógico que vivamos justamente, pero no como condición necesaria para lograr algo, sino por naturaleza impartida.

Es decir, ellos debían hacer obras de santidad para ser santos y obras de justicia para ser justos. Nosotros vivimos en Cristo, por lo tanto somos santos produciendo frutos de nuestra santidad, y somos justificados en Él, por lo cual hacemos obras de justicia. En otras palabras, ellos hacían para ser, nosotros somos y por tal motivo hacemos. La naturaleza antecede al resultado y no al revés.

Esta es la gloria del Pacto que vivimos en Cristo, ya que nos otorga una vida nueva (**Romanos 6:4**). Es por esto que sin unción no hay Pacto, porque la unción es la evidencia de la vida y sin vida no estamos en el camino de la verdad

(Juan 14:6). Cuando alguien pretende vivir el evangelio sin unción, lo único que hace es practicar una simple religión.

Bíblicamente, la historia personal de Sansón comienza con el anuncio de su nacimiento. Un hombre de la tribu de Dan, llamado Manoa, estaba casado con una mujer que no podía tener hijos (**Jueces 13:2 y 3**). El Ángel del Señor los visitó y le dijo a la mujer: ***“Concebirás y darás a luz un hijo...”*** El mismo Ángel fue el que les ordenó que el niño fuera nazareo aun antes de nacer.

Cuando el Ángel repitió la orden a Manoa, este le preguntó su nombre, y el Ángel respondió: ***“¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?”*** (**Jueces 13:18**). Entonces Manoa sacrificó un macho cabrío sobre una roca, y aconteció que cuando la llama subía del altar hacia el cielo, el Ángel del Señor subió en medio de esa llama. Fue entonces cuando Manoa se dio cuenta, con quién habían estado hablando, por eso expresó: ***“Ciertamente moriremos, porque a Dios hemos visto”*** (**Jueces 13:22**).

El libro de los Jueces avanza en la historia de Sansón hasta el momento en el que este, comenzó a buscar una esposa. Él quería casarse con una mujer filisteas a pesar de las protestas de sus padres, y en contra de la ley de Dios, que expresaba claramente que los judíos no debían contraer matrimonio con ninguna mujer extranjera.

Esta actitud de Sansón revela claramente su vanidad, su capricho y su orgullo. Aun así, su madre y su padre acompañaron a Sansón a Timná para hacer los preparativos de su compromiso. En el camino, un león atacó a Sansón. ***“Y el Espíritu del Señor vino sobre Sansón, quien despedazó al león como quien despedaza un cabrito, sin tener nada en su mano” (Jueces 14:6)***. Posteriormente, Sansón pasó junto al cadáver del león y lo encontró con un panal de miel, del que comió, lo cual también constituyó una violación de su compromiso, y Sansón parecía saber que había hecho mal porque, cuando dio la miel a sus padres, no les descubrió que había tomado aquella miel del cuerpo del león **(Jueces 14:9)**.

El banquete de bodas acostumbrado que se describe en **Jueces 14:10**, era literalmente, una fiesta para beber. Como nazareo, Sansón debía abstenerse de vino y de sidra (**Números 6:3**). Aunque el autor de Jueces no dice si Sansón bebió personalmente vino o alguna bebida alcohólica en esta fiesta, fue otra ocasión que le condujo al pecado.

Durante la fiesta, Sansón hizo una apuesta sobre quien pudiera resolver un acertijo. Él les dijo que si lo hacían recibirían treinta mudas de ropa y treinta vestidos de lino (**Jueces 14:12**). La nueva esposa filistea de Sansón lo traicionó y luego de mentirle y manipularlo para sacarle la información, les dio la respuesta de su acertijo a sus compatriotas. Esto dejó una clara evidencia que la mujer filistea, siempre sería más fiel a su patria que a su nuevo esposo.

Eso puso muy furioso a Sansón, quién en esa ocasión mató a treinta filisteos y entregó sus posesiones a los que habían resuelto el acertijo. Por esa causa, la esposa de Sansón fue entregada a otro hombre, al que Sansón había tratado como su amigo (**Jueces 14:20**). Dios utilizó todo este vergonzoso asunto para Sus propósitos, porque era evidente que Sansón no buscaba la perfecta voluntad de Dios.

“Esto venía de Jehová, porque él buscaba ocasión contra los filisteos; pues en aquel tiempo los filisteos dominaban sobre Israel”.

Jueces 14:4

Una y otra vez Sansón se involucró en situaciones que lo llevaron al pecado, pero cada vez y en toda ocasión, el Señor usó las consecuencias para Su gloria. Sansón, lleno de ira y de rencor, juró vengarse de los filisteos por haberle robado a su esposa (**Jueces 15:3**) por tal motivo quemó las cosechas de los filisteos (**Jueces 15:4 y 5**) y más tarde, después de que éstos asesinaran a su mujer, los hirió con gran mortandad (**Jueces 15:8**).

Sansón se escondió en Judá durante un tiempo, pero los de Judá, preocupados porque Sansón empeoraba su situación con los filisteos, lo ataron y lo entregaron al enemigo (**Jueces 15:8 al 13**). Cuando los filisteos se acercaron a quién parecía un hombre indefenso, la unción del Señor vino sobre él, y las cuerdas que estaban en sus brazos se volvieron como lino quemado con fuego, y las ataduras

simplemente cayeron de sus manos (**Jueces 15:14**) en esa ocasión, Sansón tomó la quijada de un asno y mató con ella a mil filisteos (**Jueces 15:15**).

Hoy en día, nosotros no recibimos fuerzas para pelear físicamente, porque nuestra lucha no es contra sangre y carne, pero la misma unción que operó en Sansón, es la que nos equipa para nuestra lucha espiritual (**Efesios 6:12**). Si logramos captar esta verdad bajo la luz del Señor, nunca caminaremos como débiles víctimas zarandeados por Satanás.

Una nueva situación se produjo en Gaza, ya que Sansón contrató a una prostituta. Esa noche, los habitantes de Gaza se enteraron de que Sansón estaba en su ciudad y lo acecharon para matarlo al amanecer. En esta ocasión, Sansón escapó levantándose en medio de la noche y al hacerlo, tomó las puertas de la ciudad con sus dos pilares y sus cerrojos, se las echó al hombro, y se fue a la cumbre del monte que está delante de Hebrón (**Jueces 16:3**). Estas no eran simples puertas placas como las que conocemos hoy, las puertas de una ciudad podían llegar a pesar cientos de kilos.

Algunos comentaristas, dicen que esas puertas con sus elementos, pudieron llegar a pesar más de quinientos kilos, y que desde Gaza a la cumbre del monte Hebrón, había una distancia de más de cincuenta kilómetros. Sin dudas los hechos de Sansón fueron sobrenaturales. El Espíritu del Señor le proveyó la fuerza, no por causa de los motivos de

Sansón, sino por causa de las injusticias que los filisteos habían causado a los judíos durante algunas décadas. Arrancar las puertas de la ciudad y subirlas al monte, era un claro mensaje del gobierno de Dios.

El Señor siempre actúa con sabiduría, y a pesar de la conducta de Sansón, el propósito de derrotar a los filisteos, poco a poco se estaba cumpliendo. Aun así y como ignorando la situación, Sansón seguía siendo responsable de su pecado, y experimentó las consecuencias de su insensatez y desobediencia. Por otra parte, todos conocemos la historia de amor que tuvo con una filisteo llamada Dalila.

En esa ocasión, los jefes de los filisteos sobornaron a Dalila para que descubriera el secreto de la fuerza de Sansón y lo entregara en sus manos (**Jueces 16:5**). Dalila utilizando sus encantos, aparentando debilidad, manipuló a Sansón para que le contara el secreto de su fuerza. Después de decirle algunas mentiras, Sansón finalmente le reveló que su fuerza era por haberse consagrado al Señor; es decir, porque era nazareo, y nunca se había cortado el pelo (**Números 6:5**).

Dalila informó a los gobernantes filisteos del secreto de Sansón y luego esperó hasta que Sansón estuviera dormido, entonces llamó a los filisteos para que viniera a rasurarle la cabeza. Entonces en gran complicidad, lo despertó con un grito: ¡Sansón, los filisteos sobre ti! Sansón se levantó para luchar, pero no sabía que el Señor ya se había apartado de él (**Jueces 16:20**).

La constante desobediencia de Sansón había llegado a su fin. Había crecido confiando en sus fuerzas hasta el punto de sentir que podía despreciar cualquier ataque del enemigo, es como si hubiese llegado al punto de pensar que no necesitaba de nadie, incluso de Dios. Fue precisamente por eso, que los filisteos le echaron mano, le sacaron los ojos y le llevaron a Gaza, atándolo con cadenas para ponerlo a trabajar y divertirse con él (**Jueces 16:21**).

Finalmente, Sansón tuvo que afrontar las consecuencias de sus actos, por ignorar dos cosas fundamentales: La presencia de Dios y el oficio de Satanás. Sansón nunca mostró temor por el Señor, nunca mostró reverencia y sumisión a Su voluntad, es lamentable ver eso en un hombre consagrado desde el vientre de su madre, y es triste verlo hoy en día en cristianos que livianamente ignoran la voluntad y el propósito de Dios para sus vidas.

Hace un tiempo hablaba con una hermana, que sirvió a Dios por varios años, que claramente conoció la gracia, el amor y el poder de Dios en su vida. Hoy está apartada de la Iglesia, ya no habla como una hija de Dios y no se comporta como tal. Aun así, me contaba de qué manera el Señor usa su vida para hablarles a otras personas de su entorno.

Ella lo decía como una virtud, y yo conozco la gracia del Señor, por lo tanto no dudo que eso es posible, pero yo solo veo a Dios usando como un canal de bendición a alguien apartada de Su perfecta voluntad, a alguien sin temor, ni

respeto por Su santidad. Alguien podría preguntarme ¿Cómo Dios puede hacer algo así? Bueno, Él puede hacer como quiere, sus dones son irrevocables, Él pudo usar una mula o un Judas, pero eso de ninguna manera implica aprobación.

La Biblia menciona a Sansón como un hombre de fe (**Hebreos 11:32**) y en su pacto eso fue importante, porque al final Dios pudo cumplir con Su propósito en él. Sansón fue un hombre de carne y hueso, y sus muchos errores sirvieron para la causa de Dios, pero también nos sirven de advertencia a nosotros, para que no juguemos con fuego sin esperar consecuencias.

La vida de Sansón nos muestra la importancia de confiar en la fortaleza de Dios, y no en nuestro propio poder. A seguir la voluntad de Dios, y no nuestra propia obstinación. A buscar la sabiduría del Señor, y no nuestro propio entendimiento. En otras palabras, a ser absolutamente dependiente de aquel que nos extiende Su gracia.

Por otra parte, cuando digo que no debemos ignorar el oficio de Satanás, no me estoy refiriendo a ser peluquero, esa es una simple figura retórica por medio de la cual titulé el capítulo. Satanás no es precisamente un peluquero, pero sí es un mentiroso, un engañador, un ladrón y un homicida, que no escatimará esfuerzos en descubrir de qué manera frenar nuestro avance y robarnos la unción.

Los filisteos pensaban celebrar su gran victoria sobre Sansón, y los gobernantes se reunieron en el templo de su dios Dagón, para alabarlo por haber entregado a Sansón a su poder (**Jueces 16:23**). Durante los festejos, sacaron a Sansón de la prisión para entretenerse con él, tal como si fuera un simple payaso. Es ahí, donde vemos a un hombre de Dios, cautivo, sin poder y sin visión.

El apóstol Pablo fue muy claro al advertirnos para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros, pues no ignoramos sus maquinaciones (**2 Corintios 2:11**). Lamentablemente hoy en día, hay algunos hermanos que ven al diablo por todos lados, y terminan banalizando su verdadera presencia. A la vez, hay muchos que no consideran la posibilidad de sus ataques y terminan obrando con gran ignorancia espiritual. Debemos encontrar el equilibrio, para no subestimar al enemigo y actuar con verdadera sabiduría espiritual.

Cuando Sansón se encontró derrotado, se arrepintió de su arrogancia, y apoyado en los pilares de ese templo pagano, clamó al Señor, diciéndole: *“Señor, acuérdate ahora de mí, y fortaléceme, te ruego, solamente esta vez, oh Dios, para que de una vez tome venganza de los filisteos por mis dos ojos”* (**Jueces 16:28**).

Misericordiosamente, Dios accedió a la petición de Sansón, quién se inclinó con toda su fuerza, y cayó la casa sobre los principales, y sobre todo el pueblo que estaba en

ella (**Jueces 16:30**) fue entonces que Sansón mató a unos tres mil filisteos, es decir, hizo más daño al enemigo que en toda su vida.

La vida está o no está, la unción está o simplemente no está, eso es claro, pero ciertamente hay medidas de la expresión de la unción en nuestras vidas. Si somos hijos de Dios, la unción estará, pero nuestro modo de vivir, nuestro temor reverente y nuestra obediencia, expresarán mayores medidas de unción.

El cabello de un nazareo era como la corona de su consagración. Las coronas son utilizadas por los reyes y representan gobierno. Nuestro gobierno espiritual, está basado en la autoridad y el poder de la unción. Es cierto que la virtud del cabello es volver a crecer, y esa es la esperanza de los que se han apartado de la vida de Reino.

Tal vez esta historia, sea la mejor expresión de aliento para volver a la verdadera senda de justicia en Cristo. Si estamos en esta tierra, estamos a tiempo de reaccionar antes de sufrir pérdida alguna. Tengamos presente que sin unción no hay Pacto posible, porque la confirmación del Pacto es la Vida misma.

“Cuando Dios creó todas las cosas, allí estaba la Palabra. Todo fue creado por la Palabra, y sin la Palabra nada se hizo. De la Palabra nace la vida, y la Palabra, que es la

vida, es también nuestra luz. La luz alumbra en la oscuridad, ¡y nada puede destruirla!”

Juan 1:2 al 8 VLS



Capítulo cinco

Cristo, la Ley Y los profetas

“Entonces Elías tisbita, que era de los moradores de Galaad, dijo a Acab: Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra”.

1 Reyes 17:1

Como hemos visto a través de diferentes personajes bíblicos, la unción era impartida sobre hombres escogidos para ejercer roles determinados, y de cada ejemplo en particular, hay ricas enseñanzas para nosotros. Es obvio que debemos aplicarlos al Pacto en el que vivimos, pero toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, y para instruir en justicia (**2 Timoteo 3:16**).

Sobre todo, mi intención es que valoremos el Pacto que vivimos, porque Moisés recibió unción en su vara, Sansón en

sus cabellos, David sobre su cabeza, Elías y Eliseo sobre un manto, pero nosotros tenemos la unción sobre, y dentro de nuestro ser. Si fueron gloriosas esas expresiones de Dios en el Antiguo Testamento, cuanto más gloriosa es la gracia que nosotros hemos recibido.

No sé por qué extraña razón, admiramos tanto a los personajes bíblicos, y menospreciamos lo que nosotros somos en Cristo. No digo que no valoramos al Señor, digo que no terminamos de comprender nuestra posición en Él. Hay demasiados cristianos viviendo el evangelio con un Dios fuera de sus vidas, es decir, un Dios que escucha e interviene, pero que habita los cielos y no el interior del ser.

Yo hablo con muchos hermanos y es claro para mí, que todos ellos, creen en las obras de Dios, pero muchos no comprenden que Su poder actúa en nosotros. Es por eso, que no logramos avanzar a la sobreabundancia. Da la impresión que tenemos un Dios más grande en la Biblia que en la vida, y eso no es otra cosa que falta de revelación del Pacto glorioso que vivimos.

“Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las

cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.

Efesios 3:14 al 21

El apóstol Pablo pide a Dios el fortalecimiento del hombre interior por el Espíritu, para que lleguemos a comprender que Dios habita nuestros corazones, y que desea llevarnos a la verdadera plenitud. Enseña además que comprender esto es vital para recibir de Dios, mucho más de lo que nosotros pedimos o entendemos, y que eso se producirá según el poder que actúa en nosotros.

No nos cuesta entender el poder que actuó en Moisés, en Sansón, en David, o en cualquier otro personaje bíblico, pero nos cuesta comprender de qué manera el poder de Dios, en este Nuevo Pacto, actúa en nosotros. Reitero, cualquiera de estos ilustres personajes, cambiarían todo lo que tuvieron y vivieron, por estar en nuestra posición. Veamos algo trascendente que enseña el apóstol Pablo en la primera de sus epístolas:

“Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no

para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles.”

1 Pedro 1:10 al 12

Aquí dice que los profetas estudiaron con cuidado todo acerca de esta salvación, y hablaron de lo que Dios, por su amor, nos daría a nosotros. Es como si ellos intentaran descubrir quién sería el Mesías, y quienes iban a vivir todo lo anunciado, pero Dios les hizo entender que lo que ellos profetizaban no era para ellos mismos, sino para otras afortunadas personas, es decir “Nosotros”.

Incluso Pedro llegó a decir que esto es algo que los ángeles mismos desean contemplar. Nosotros parece que admiramos a los personajes de la antigüedad y admiramos a los ángeles, a la vez que ellos nos deben observar a nosotros como diciendo ¿Qué parte no habrán entendido? ¿Estarán comprendiendo el Pacto en el que viven? ¿Se darán cuenta que Dios habita en ellos y ellos habitan en Dios? ¿Qué les hace falta? ¿Por qué viven como si siempre les faltara algo más?

Esto es algo triste y vergonzoso, pero es real. Ciertamente creo que debemos despertar a la verdad que poseemos en este Pacto glorioso. Debemos valorar la unción que hemos recibido y desear Su presencia por sobre todas las cosas que puede ofrecer esta vida, al punto de hacer nuestras

las palabras de Asaf, quién en la revelación de sus días expresó: ***“¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra”*** (Salmo 73:25).

Al comienzo del capítulo cité **1 Reyes 17:1**, porque deseo tomar el ejemplo de Elías, para avanzar en la valoración de la unción que poseemos. Elías es uno de los personajes más interesantes y vistosos en la biblia, y Dios lo utilizó durante un momento importante en la historia de Israel, para oponerse a un malvado rey y traer avivamiento a la tierra.

El ministerio de Elías marcó el comienzo del fin de la adoración a Baal en Israel, y tal vez por esa lucha que debió llevar a cabo, Elías fue un hombre de carácter difícil, y ciertamente nada tenemos que aprender de él respecto de su personalidad. La vida de Elías estuvo llena de confusión y arrebatos emocionales.

En ocasiones fue valiente y decidido, y otras veces temeroso y vacilante. Alternadamente, él demostró el orgullo de su poder y el desgano ante sus conflictos. Vemos en él, la negativa a los hombres y la negativa ante el mismo Dios, pero también lo vemos doblegado y recuperado para avanzar. Elías conoció tanto el poder de Dios como las profundidades del agotamiento y la depresión, es por eso que también tiene mucho para enseñarnos.

Su nombre significa “mi Dios es el Señor”, sabemos que provino de Tisbita en Galaad, pero no sabemos nada de su familia o de su nacimiento, porque simplemente la Biblia no lo dice, tampoco nos dice cuando y como fue ungido para su misión. La primera vez que nos encontramos con Elías es justamente en el versículo que mencioné en **1 Reyes 17:1**, cuando de repente aparece para desafiar al malvado rey Acab, quien gobernó el reino del norte desde el año 874 hasta el 853 a.C.

Fue el séptimo rey de Israel, que sucedió a su padre Omri y reinó veintidós años. Se casó con Jezabel, hija de Ed-Baal, rey de Tiro, mujer ambiciosa e idólatra, que por su mala creencia y por la influencia que tenía sobre el rey, fue introduciendo en Israel el culto o la adoración de Baal y Asera. En ese momento Elías profetizó una sequía que iba a venir sobre toda la tierra como consecuencia de la maldad de Acab (**1 Reyes 17:1 al 7**).

Advertido por Dios, Elías se escondió cerca del arroyo de Querit, donde fue alimentado por los cuervos que día tras día le traían sobrenaturalmente carne y pan. En la medida que aumentaba la sequía y el hambre en la tierra, Elías fue enviado por Dios a la casa de una viuda en Sarepta de Sidón, y a través de un desafío de fe, soltado por sus palabras, la viuda dio de comer al profeta a pesar de su escasez. Fue entonces, que milagrosamente la tinaja de harina y la vasija de aceite de la viuda, nunca escasearon en sus contenidos (**1 Reyes 17:8 al 16**).

Luego, vemos a Elías como el personaje central en un cara a cara con los profetas del falso dios Baal en el monte Carmelo (**1 Reyes 18:17 al 40**). Los profetas de Baal, invocaron a su dios todo el día, deseando que lloviera fuego del cielo, pero todo fue en vano. Luego, Elías construyó un altar de piedras, hizo una zanja alrededor, puso el sacrificio sobre la leña y pidió que se derramaran cuatro cántaros de agua sobre el sacrificio en tres ocasiones diferentes.

Elías clamó a Dios, y Dios envió fuego del cielo. Ese fuego consumió todo el holocausto, la leña, e incluso el agua que estaba en la zanja. Dios demostró ser más poderoso que los falsos dioses que adoraban las multitudes. Fue entonces cuando Elías y el pueblo mataron a todos los falsos profetas de Baal, conforme al mandato de Dios en **Deuteronomio 13:5**.

Después de la gran victoria sobre los falsos profetas, cayó nuevamente la lluvia sobre la tierra (**1 Reyes 18:41 al 46**). Sin embargo, a pesar de la victoria, Elías entró en un período de una fe incierta y una gran depresión (**1 Reyes 19:1 al 18**). Acab le había contado a su esposa Jezabel acerca de la demostración del poder de Dios, y en vez de volverse a Dios, Jezabel maldijo y juró matar a Elías.

Al escuchar esto, el profeta huyó al desierto, donde oró a Dios para que le quitara la vida. Sin embargo, Dios proveyó comida, bebida y descanso para Elías, procurando su recuperación. Posteriormente, Elías realizó un viaje de

cuarenta días hasta el monte Horeb. Allí se escondió en una cueva, y sintiendo lástima de sí mismo, volvió a pedir a Dios por su muerte.

Entonces el Señor, ordenó a Elías pararse sobre el monte mientras el Señor pasaba. Hubo un gran viento, un terremoto, y luego un fuego, pero Dios no estaba en ninguno de ellos. Luego sí, hubo un silbo apacible y delicado, en el que Elías oyó y comprendió a Dios (**1 Reyes 19:11 al 18**).

Cuando nos centramos en la confusión de la vida en este mundo, podemos quitar nuestros ojos del Señor y desanimarnos. Cualquiera podría preguntar ¿Cómo es posible que un hombre tan ungido se deprima y se desoriente tanto? Bueno, aunque podamos predicar muchos mensajes sobre Elías y compararnos con él, debo decir que las diferencias son abrumadoras, y ciertamente lo dejan mejor parado a él. Permítanme explicar por qué considero eso.

Elías fue un hombre con la unción en un manto, asimismo el Espíritu del Señor venía sobre él cuando debía profetizar, pero él no vivió en un Pacto de gracia como el Nuevo Pacto, en el cual el Espíritu Santo habita en nosotros y tenemos una perfecta comunión con Él, a la vez que nosotros habitamos en el Señor, siendo miembros de Su cuerpo.

En este Nuevo Pacto, la unción es clave, porque es la vida de Dios en nosotros, y es esa vida la que nutre nuestro

corazón y nuestra mente. La suministración del Espíritu Santo en nuestro interior, es lo que produce un corazón inclinado a la voluntad del Padre, y es lo que genera pensamientos de bien, basados en la luz que nos otorga.

La vida del Espíritu en nosotros, es la luz del Señor para comprender la verdad. La verdad es la que nos libera de nosotros mismos y de nuestros errores, por eso hay una gran diferencia entre Elías y nosotros. Sin embargo, su grandeza es indiscutible, porque a pesar de sus limitaciones, glorificó a Dios con su obediencia y su valentía.

Moisés fue un hombre manso, pero mató a los opresores del pueblo. Sansón fue un hombre fuerte, pero era orgulloso y egocéntrico. Es absolutamente lógico que Elías no tuviera un carácter que pudiera ser identificado con Dios, pero esa tampoco era su misión. Nosotros no somos libertadores de una nación, no somos jueces de Israel y no somos profetas peleando contra los corruptos resultados de una monarquía, somos hijos de Dios y primeramente debemos evidenciar Su esencia.

Ellos no tenían el mandato de producir frutos espirituales, nosotros sí. Ellos fueron usados por el Señor para realizar distintas misiones, nosotros somos uno en Él (**1 Corintios 6:17**). Nosotros no solo debemos manifestar frutos espirituales, sino también los dones espirituales (**1 Corintios 12:4 al 7**). Sin dudas la unción estuvo en estos héroes de la

fe, pero hoy está en nosotros en una dimensión especial y con un propósito más elevado: “Manifestar a Cristo”.

En los días de Elías, Dios se mostró a sí mismo en obras asombrosas de poder y de juicio, tales como el viento, el fuego, los terremotos o el silbo apacible, pero hoy en día se muestra a través de nosotros que somos el cuerpo de Cristo. En el Antiguo Testamento Dios se relacionó con algunos hombres y mujeres privilegiados, pero hoy nosotros no tenemos una relación, sino una íntima comunión espiritual con Él.

Nosotros siempre estamos comparándonos con ellos y con sus errores, pero ellos no vivieron el Nuevo Pacto. La unción estuvo sobre ellos y sobre algunos de sus objetos, pero nosotros portamos la unción del Santo (**1 Juan 2:20**). Sin unción no hay Pacto, debemos dejar de vivir como si Dios tuviera que darnos algo, porque en Cristo ya tenemos todo (**Romanos 8:32**).

Elías luchó con debilidades humanas comunes, sin embargo, fue usado poderosamente por Dios. Puede que no sea a través de esas muestras de poderío obviamente milagrosas, pero si nos rendimos a Él, Dios también puede usarnos poderosamente para los propósitos de Su Reino, a la vez que podemos manifestar la firmeza y fortaleza de Su Espíritu.

Elías obedeció los mandamientos de Dios, ungió al futuro rey, y Eliseo se convirtió en su ayudante durante algún tiempo. Los dos siguieron ocupándose de Acab y Jezabel, así como de Ocozías, el hijo y sucesor de Acab, luego de eso, Elías fue arrebatado en un carro de fuego en el cual subió al cielo en un torbellino (**2 Reyes 2:11**).

*“Si no pasamos las Escrituras por la cruz,
Nunca se nos revelará la plenitud del Nuevo Pacto”*

Un día el Señor Jesús llevó a sus discípulos a la cumbre de un monte, lejos del sistema religioso, a fin de revelarse a ellos con el resplandor de Su gloria (**Mateo 17:1 al 8**). En ese monte se transfiguró, y mientras Pedro, Jacobo y Juan lo contemplaban, dos personajes extraordinarios aparecieron en el escenario: Moisés y Elías.

Como ya sabemos, se desconoce el paradero de Moisés después de su muerte. Cuando ascendió al monte para morir, el Señor escondió su cuerpo, y nadie sabe si fue sepultado o cómo murió (**Deuteronomio 34:5 y 6**). Pero de repente, mientras Jesús se transfiguraba, apareció junto a Elías, quién también encierra un gran misterio, ya que fue arrebatado en ese carro de fuego sin conocer muerte (**2 Reyes 2:11 y 12**).

Cuando Pedro había recibido la revelación de que Jesús era el Cristo, tenía claridad y entendía perfectamente la situación, pero en el monte de la transfiguración quedó totalmente confundido, por eso propuso hacer tres tiendas,

una para Jesús, una para Moisés y otra para Elías. Sin embargo, mientras él aún hablaba, una nube los cubrió y una voz del cielo sobresaltó a Pedro: ***“Este es Mi Hijo, el Amado, en quien me complazco; a El oíd...”*** (Mateo 17:5).

Fue como si el Padre le dijera, *“Pedro, no has entendido nada... a uno solo debes ver, porque en Él está todo y todo es...”* En otras palabras, debido a que Jesús había llegado, ya no era necesaria la presencia de Moisés ni de Elías, ni de lo que ellos representaban.

Moisés representaba a la ley y Elías a los profetas, pero nosotros, ya no vivimos en la Ley ni en los profetas, sólo vivimos en Cristo, el Eterno Hijo de Dios. Cuando los discípulos escucharon al Padre, se postraron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor. Entonces Jesús se acercó y los tocó, y dijo que se levantaran y que no tuvieran temor. ***“Y alzando ellos los ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo...”*** (Mateo 17:8).

Nosotros podemos mirar a todos los personajes bíblicos y aún podemos admirar las proezas que hicieron en sus días, pero debemos comprender la gracia del Pacto en el que vivimos. Nosotros no practicamos una religión, nosotros vivimos en alguien, que es nada más y nada menos que Cristo.

Hoy en día Cristo es la Ley, porque todo lo que Él dice es Ley, porque es el Rey de reyes y el Señor de señores

(Apocalipsis 19:16). Él es la profecía, porque todo lo que nos anticipa ocurrirá tal y como lo anuncia Él a través de Su Espíritu **(Apocalipsis 19:10).**

Además, cuando Moisés bajó del monte con las tablas, trajo la Ley al pueblo, pero no pudo proporcionar a nadie la capacidad de cumplirla. Sin embargo Cristo, no solo es la Ley en Sí mismo, ya que todo lo que desea es Ley, sino que nos otorga Su Espíritu para que podamos cumplir con Su voluntad con toda efectividad, lo cual es glorioso.

Él es nuestro abogado y también nuestra justicia, Él no tiene la fuerza de Sansón, Él tiene toda la fuerza, porque es Todopoderoso. No vivimos en alguien que puede perder su cabello y dejarnos sin poder, no vivimos el Pacto en alguien moralmente desequilibrado, sino en el Santo, el Justo y el Eterno. El Nuevo Pacto es la unción impartida y sin unción no hay Pacto.

No vivimos en alguien capaz de enfrentar a las tinieblas y luego deprimirse solo en el desierto, vivimos en alguien que habita los montes de poder y que jamás cavila en sus pensamientos. Cuando un hijo de Dios, no logra vivir en estabilidad espiritual, es porque no ha recibido la revelación del Pacto en el que vivimos.

***“De la manera que recibieron a Cristo Jesús como Señor,
vivan ahora en él, arraigados y edificados en él,
confirmados en la fe como se les enseñó, y llenos de
gratitud”.***

Colosenses 2:6 y 7



Capítulo seis

La compañía de Eliseo

“Elías le dijo a Eliseo: Pide lo que quieras que yo haga por ti antes de que yo sea separado de ti. Y Eliseo le respondió: Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí”

2 Reyes 2:9

El segundo libro de los Reyes, comienza con las últimas acciones del profeta Elías. El Señor ya le había anticipado a Elías que su ministerio estaba terminando, que solo debía ungir a Jazael como rey de Siria, a Jehú hijo de Nimsi como rey de Israel, y también debía ungir a Eliseo para que lo sucediera como profeta.

Cuando se acercaba la hora en que el Señor se llevaría a Elías al cielo en un torbellino, Elías y Eliseo salieron de Gilgal (**2 Reyes 2:1**). Gilgal significa “Círculo de piedras, rueda, u oprobio”. Representa al lugar del estancamiento, donde solo se da vueltas y vueltas, pero no se avanza al siguiente nivel. Bíblicamente es el símbolo de la rutina.

Eliseo había pasado toda su vida dando vueltas con el arado en el campo de su padre, así que no es extraño que Elías lo haya probado diciéndole que se quedara en ese lugar, porque Dios lo había enviado a Betel, pero Eliseo le dijo: **“Vive Jehová, y vive tu alma, que no te dejaré...”** (2 Reyes 2:2) entonces descendieron juntos.

Esto significa que Eliseo había pasado la prueba, había salido del círculo vicioso de los intereses personales, había salido de la rutina y estaba rumbo al siguiente nivel. Al dejar Gilgal su vida sería desafiada a la santidad, a la limpieza del corazón, conforme ocurrió con los hebreos el día que se circuncidaron en Gilgal, antes de tomar la tierra prometida (Josué 5:8 y 9).

Los dos hombres llegaron primero a Betel, nuevamente esta ciudad llamada “casa de Dios” figura como un lugar trascendente en las Escrituras. Tal como vimos, Jacob mismo había ofrecido su sacrificio ahí. Pero, sobre los años, algo había sucedido a la ciudad. El rey Jeroboam, quien gobernó después que se le dividiera el reino a Roboam, hijo de Salomón, y que se había hecho cargo de las diez tribus del norte, había levantado un becerro de oro, con lo cual mucha gente se había vuelto a la idolatría. Como resultado de esto, una generación entera había sido sumergida en el escepticismo y la incredulidad.

Las cosas realmente estaban malas en los días de Elías, y a su llegada, hubo miembros de la comunidad de profetas

que se apresuraron a hablar a sus espaldas, preguntándole a Eliseo: ¿Sabes que hoy el Señor va a quitarte a tu maestro, y a dejarte sin guía? A lo cual él les dijo: **“Lo sé muy bien; ¡cállense!”** (2 Reyes 2:3 NVI).

Bíblicamente Betel es el lugar de las grandes decisiones. La casa de Dios es la vida nueva que hemos recibido, es donde establecemos nuestro compromiso espiritual con Dios. Es la dimensión donde debemos establecer la fidelidad, donde debemos luchar por nuestro lugar en el propósito eterno de Dios. Es la dimensión donde se pueden librar algunas batallas espirituales, pero también es el lugar donde hallamos descanso, porque es en el espíritu donde podemos sostener una profunda comunión con el Espíritu Santo, y podemos alcanzar mayores grados de intimidad con Él.

Por el Betel bíblico pasaron los grandes hombres de Dios, en momentos trascendentes de sus vidas. En muchos casos, fue para ellos el lugar de la purificación, el lugar de la consagración, donde dejaron los deseos propios, donde aprendieron a amar a Dios sinceramente. Betel es para nosotros como la dimensión en la cual todos los hijos de Dios dejamos nuestro temor, donde reconocemos Su Señorío, donde nos llenamos de fe conforme a Su dirección.

La Biblia no dice exactamente qué fue lo que hizo Elías en Betel, pero seguramente caminó sus calles con Eliseo y juntos observaron el estado espiritual de sus

habitantes. Ciertamente fue como un recorrido a través del cual, el viejo profeta le mostró a su discípulo la dura tarea que tenía por delante. Incluso, le propuso directamente quedarse en ese lugar, mientras él seguía su camino, a lo que Eliseo volvió a decirle: ***“Tan cierto como que el Señor y tú viven, te juro que no te dejaré solo. Así que fueron juntos a Jericó”*** (2 Reyes 2:4 NVI).

Tal vez cuando Eliseo examinó la situación de Betel, comprendió que no estaba listo para quedarse en ese lugar, no al menos sin el poder que él había observado en Elías. Por lo que podemos ver, Elías nunca fue un hombre muy expresivo, siempre actuó como un hombre duro y difícil de tratar, pero él sabía que su tarea era cosa seria, y que si no preparaba correctamente a su sucesor, este no sobreviviría a la hostilidad espiritual.

Elías y Eliseo procedieron a Jericó, que significa “lugar fragante o un lugar llamado grato”. Sin embargo, esta ciudad en ese momento era árida, seca, completamente sin vida. No había árboles, ni pastos, ni frutas. Todo se había marchitado, porque los historiadores dicen, y la Biblia deja entrever, que una corriente de veneno se había infiltrado en el suministro de agua de Jericó.

Bíblicamente es el lugar de la fortaleza, donde la fuerza se impone. Este es el lugar de las pruebas, de las luchas, de los grandes vientos huracanados, de los terremotos espirituales, donde Satanás lucha por ganar. Es el lugar donde

sufrimos la hostilidad espiritual, pero también es el lugar donde Dios destruye toda fortaleza que levanta el enemigo, derribando todo muro que se interpone entre las promesas y Su pueblo.

Elías había establecido una escuela de profetas en Jericó, y posiblemente visitaron esa escuela. Al hacerlo, algunos de los incipientes profetas se acercaron a Eliseo preguntándole: **“¿Sabes que Dios te quitará hoy a tu señor de sobre ti?” (2 Reyes 2:5)**. Eliseo rápidamente y de la misma manera que lo había hecho en Betel les contestó: **“Sí, yo lo sé, Callad”**. Eliseo sabía que no debía quedarse en Jericó, sino seguir adelante junto a Elías.

Una vez más, el viejo profeta probó a su joven protegido, diciéndole que se quedara en Jericó, como proponiéndole que se quedara para ayudar en el desarrollo de la escuela y el mejoramiento de la condición de ese lugar. Sin embargo, Eliseo sabía que aún quedaba camino por recorrer, y quiso seguir adelante con su maestro, por eso le dijo: **“Tan cierto como que el Señor y tú viven, te juro que no te dejaré solo. Así que los dos siguieron caminando” (2 Reyes 2:6 NVI)**.

Eliseo sabía que no podría impactar esas ciudades, si no recibía primero un poderoso toque de Dios, y eso era algo que solo Elías podía proporcionarle, por eso le pidió una doble porción de la unción que portaba. Él no podría contar con las grandes obras de Elías, si no contaba con la unción

que operaba en Elías. Es más, al pedirle una doble porción de esa unción, no creo que estuviera pretendiendo ser mejor que Elías, sino demostrando su gran interés y compromiso.

El Jordán es el lugar donde comienzan las nuevas oportunidades, es el lugar donde se comienza a ver el cumplimiento de las promesas de Dios. Recordemos que Jordán significa “el que descende”, eso significa que todo se debe comenzar con humildad, con solicitud, con grandes anhelos y con ansias.

Llegado el momento de comenzar su ministerio, Jesús se acercó al Jordán para ser bautizado por Juan. Más Juan primeramente se opuso, diciendo: **“Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?”**, sin embargo Jesús le respondió: Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia (**Mateo 3:12 al15**). Más tarde Jesús también dijo: **“Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”** (**Mateo11:29**).

En el Antiguo Pacto, el Jordán fue como el portal que debieron atravesar los hebreos para entrar a poseer la tierra, y en el Nuevo Testamento, fue el lugar donde Juan bautizó para que todos los que se acercaban con humildad, pudieran acceder a una vida de Reino.

Eliseo debía llegar al Jordán, si es que quería culminar su carrera profesional. Ahí lo esperaba una gran promoción. Los profetas habían salido de Gilgal, habían pasado por Betel

y también por Jericó, pero fue en el Jordán, que el poder sobrenatural de Dios fue manifestado por primera vez. La Biblia dice que Elías tomó su manto, lo dobló y golpeó las aguas, las cuales se apartaron a uno y otro lado permitiendo que ellos pudieran pasar por lo seco.

La pregunta sería ¿Por qué Elías determinó pasar el Jordán de manera sobrenatural? Sabemos que el Jordán, no era un río muy profundo, ni muy ancho, y las Escrituras no dan ninguna evidencia de que el río estuviera muy crecido. En realidad, creo que Elías buscaba enseñar a su sucesor, que un nuevo tiempo se venía para él y para toda la nación.

La iglesia de hoy, ciertamente está necesitando encontrar su Jordán. Creo que debemos procurar un nuevo tiempo de poder sobrenatural. Creo que lo profético nos debe llevar hasta sus orillas y la fe, nos debe introducir en nuevas dimensiones del Espíritu.

Lamentablemente la Iglesia ha sido tan impartida con el mensaje del rapto secreto, que está esperando subirse al carro de fuego para huir, en lugar de anhelar la unción para avanzar en la tierra. Personalmente creo que vamos a tener que enfrentar tiempos determinantes tal como Eliseo, y que vamos a necesitar una medida mayor de expresión divina.

A la verdad, nuestro clamor como pueblo de Dios debería ser, ***“Ven, Señor Jesús...”*** (Apocalipsis 22:20). Sin embargo, no debería ser un clamor para huir, sino para recibir

al Señor, quién vendrá a manifestar la plenitud de Su Reino. Jesús también dijo en una parábola, ***“Ocupaos entre tanto que vengo...”*** (Lucas 19:13). Cuando Él estaba a punto de partir dijo a sus discípulos: ***“Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura...”*** (Marcos 16:15). Es más, Él le había pedido al Padre: ***“No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal...”*** (Juan 17:15). El diseño de Dios no es arrebatarnos en un carro de fuego, sino darnos una mayor expresión de Su unción, para que podamos manifestar el Pacto hasta Su venida.

Eliseo sabía que no había un lugar para él en ese carro de fuego, él sabía que Dios aún no había consumado Su propósito con Su pueblo. Él tenía que quedarse y asumir la responsabilidad de enfrentar una sociedad malvada y un sistema religioso muy perverso, y para ello necesitaría ser equipado de manera especial. ¡Esa debería ser la búsqueda de los santos en este tiempo!

Yo estoy seguro que Eliseo comprendió, después de todo el recorrido por Gilgal, por Betel, por Jericó y por el Jordán, que la tarea que le quedaba por delante, no sería nada fácil, y que así como había escuchado las confrontaciones y las victorias de su maestro por medio de la unción, él necesitaría una unción mayor para los tiempos que debería enfrentar.

Es por esto que insisto tanto en enseñar a la Iglesia sobre los tiempos finales, porque creo que la Iglesia deberá

enfrentar situaciones y hostilidades determinantes. Si no nos preparamos en la unción del Espíritu, no lograremos soportar las presiones del sistema. La unción es la fortaleza necesaria para soportar, es el poder sobrenatural del Reino expresado en autoridad.

En una ocasión enseñé a la Iglesia sobre la estructura de los submarinos. Las presiones que esos transportes deben enfrentar bajo el agua, son verdaderamente impresionantes. Pensemos que la presión del agua sobre el submarino aumenta con la profundidad, por lo tanto, también aumenta la probabilidad de deformaciones.

Por cada diez metros de inmersión, la presión aumenta un poco más de una atmósfera, por lo que a una profundidad de trescientos metros, será de más de treinta atmósferas de presión de agua. Lo que permite soportar semejante presión es su estructura interna. En nuestro caso, la estructura interna no es la religión, sino la unción del Espíritu Santo.

En el momento en el que Eliseo vio a su maestro irse en el carro celestial, asumió su responsabilidad de continuar con la obra de Dios para su generación. Y cuando él estaba parado frente al río, golpeó las aguas, exclamando las siguientes palabras: “*¿Dónde está el Dios de Elías?*” Eliseo estaba invocando al Todopoderoso, a quién había respaldado la gestión de Elías y debía respaldarlo a él.

Nosotros debemos comprender, que el mismo Dios Todopoderoso que respaldó a Moisés, a Sansón, a David, a Elías y a Eliseo, es el mismo Señor que habita nuestro ser y es el hacedor de maravillas. Yo sé que algunos actúan como si ese mismo Dios Todopoderoso estuviera durmiendo, pero la verdad es que los dormidos hemos sido nosotros. Él está esperando que al igual que Eliseo, alguien le crea en estos días para que Él pueda desatar Su favor.

“Porque los ojos de Dios contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él...”

2 Crónicas 16:9

Después de recibir un toque de Dios, Eliseo siguió adelante con su propia fe, y su primera parada fue Jericó. La facultad de los cincuenta profetas inmediatamente reconoció el toque de Dios sobre él, diciendo, ***“El mismo espíritu que reposó sobre Elías es ahora sobre Eliseo...”*** (2 Reyes 2:15). Fue obvio a todos estos, que Eliseo se había comenzado a mover en una autoridad mayor, así como en un poder consolidado y más contundente.

Los jóvenes profetas dijeron a Eliseo, ***“...He aquí, el lugar en donde está colocada esta ciudad es bueno, como mi señor ve; más las aguas son malas, y la tierra es estéril”*** (2 Reyes 2:19). Ellos estaban diciendo, que había veneno en las aguas, y que esas aguas estaban impidiendo la vida. Aparentemente, toda una escuela de profetas no podía

solucionar este problema, pero la llegada de Eliseo, cargado por la unción de Dios, pudo producir cambios.

¿Cuál fue la cura para el veneno en Jericó? Se tenía que purificar el suministro del agua. Y esto fue justamente lo que hizo Eliseo. Él tomó una vasija limpia, la llenó con sal y la vertió en el manantial del agua de la ciudad. Pronto todas las aguas estaban limpias y la vida empezó a brotar nuevamente en todo el territorio.

Hoy Eliseo también es Cristo y Cristo es la Iglesia, lo que necesitamos es funcionar en Su vida. La unción es la vida, la sal es el gobierno, la vasija limpia somos los ministros, y el torrente de agua pura, es lo que produce la Palabra cuando es soltada desde el mismo trono del Señor. Los hijos de Dios, somos embajadores del Reino, y somos responsables de contrarrestar el veneno que Satanás le está ofreciendo a la sociedad actual.

En la época de Eliseo, había muchos profetas producidos por una escuela, pero Eliseo era el resultado de un llamado específico. Él no se anotó en una escuela, él fue llamado por Dios y equipado por Dios. En estos tiempos tan controversiales, debemos ser temerosos en esto, porque hoy tenemos demasiados ministerios surgidos desde las buenas intenciones, pero no es así como se expande el Reino. Necesitamos ministros elegidos por Dios, llamados por Dios y equipados por Dios, porque esa es la única manera de manifestar el Reino.

Eliseo siguió su camino y regresó a Betel, la ahora corrupta sociedad. Tan pronto que llegó, fue rodeado por hombres que comenzaron a burlarse de él. ***“Después subió de allí a Betel; y subiendo por el camino, salieron unos muchachos de la ciudad, y se burlaban de él, diciendo: ¡Calvo, sube! ¡Calvo, sube! Y mirando él atrás, los vio, y los maldijo en el nombre de Jehová. Y salieron dos osos del monte, y despedazaron de ellos a cuarenta y dos muchachos”*** (2 Reyes 2:23 y 24).

Tal vez podamos pensar que Eliseo era un hombre muy malo, orgulloso e intolerante, que por una simple broma permitió que unos jóvenes sean atacados y asesinados por unos osos. Sin embargo, en el original hebreo esta frase no se traduce como jóvenes, sino como hombres. ¿Causó Eliseo sus muertes en una egoísta reacción colérica por haber sido ofendido? No, Eliseo era un hombre ungido que se estaba moviendo bajo el poder y la autoridad del Espíritu Santo.

El hecho es, que estos hombres burladores, son como hoy en día, aquellos que difaman a los verdaderos siervos de Dios, y que critican a la Iglesia de manera violenta y perversa. Estos parece que saldrán airoso de sus ofensas, pero esto solo ha sido posible, porque no hemos operado en la medida de unción en la que debemos operar. Los ministros y la Iglesia verdaderamente ungida, no puede ser burlada.

Al igual que en aquellos días, la iglesia está enfrentando el mismo espíritu de burla que enfrentó Eliseo,

y la unción es lo único que nos dará victoria. A medida que el pecado está abundado en estos últimos tiempos, he tratado de mantener contacto con ministros realmente entregados a la búsqueda de mayor unción. Yo creo que son como la compañía de Eliseo, que se están preocupando por lo vital de la Iglesia, y tienen un claro panorama de lo que está ocurriendo dentro y fuera de la misma. Tienen una clara lectura de la sociedad actual, y saben lo que Dios está hablando.

Yo creo que el Señor, con historias como la de Elías y Eliseo, pretende darnos claras lecciones, con simples significados. Él desea hacer cosas diferentes en este tiempo de hostilidad espiritual, y necesita gente que comprenda el Pacto y la posición para gestionar la fe de manera efectiva. Debemos comprender que ya tenemos todo lo necesario en Cristo y que no necesitamos una doble unción, sino una clara revelación de quienes somos en Cristo.

El apóstol Juan se refirió al Espíritu Santo como “la unción” que reciben los creyentes (**1 Juan 2:20, 27**). Al unir la historia de Eliseo y la Iglesia actual, muchos pueden llegar a pensar que hoy los creyentes debemos pedir una “doble unción” o una “doble porción del Espíritu Santo”. Sin embargo, es importante comprender que hoy no necesitamos hacer tal solicitud.

El Espíritu Santo que habita en nosotros es Dios mismo, y Él no tiene variantes en su Persona. Él es todo, es

pleno y es perfecto. Nosotros no tenemos una porción de Él, lo tenemos o no lo tenemos. Dios no da Su Espíritu por medida (**Juan 3:34**). Lo que necesitamos es que Él nos tenga a nosotros de manera completa, lo cual es muy diferente.

Dios nos ha dado todo en Cristo y, como afirmó Pablo, **“estamos completos en Él”** (**Colosenses 2:10 al 12**). Así como en los días de Juan, tenemos algunos maestros que aseguran conocer algunos puntos sobre cómo alcanzar mayor poder espiritual, pero no tenemos necesidad de correr tras esas enseñanzas. Nosotros ya tenemos la unción del Espíritu Santo que nos guía a la verdad. Tenemos a Cristo y Él es absolutamente suficiente. Lo único que necesitamos es tener una profunda y respetuosa comunión con Él, de manera que se manifieste con toda plenitud.

“Pero ustedes tienen la unción del Santo, y todos ustedes lo saben. No les he escrito porque ignoren la verdad, sino porque la conocen y porque ninguna mentira procede de la verdad. ¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo”

1 Juan 2:20 al 22

Es como si Juan estuviera advirtiéndoles a sus lectores que no abrazaran otra verdad, porque cualquier otro concepto, solo sería una mentira. Él les dijo: Ustedes recibieron el Espíritu Santo, y Él es el único que puede guiarlos a toda la verdad (**Juan 16:13**), y pueden discernir la

verdad de la mentira porque han sido ungidos para eso. Más tarde les afirmaré que esa unción no se apartará de ellos sino que:

“la unción que recibieron de Él permanece en ustedes, y no tienen necesidad de que nadie les enseñe. Pero así como Su unción les enseña acerca de todas las cosas, y es verdadera y no mentira, y así como les ha enseñado, ustedes permanecen en Él”

1 Juan 2:27

La unción en el Nuevo Testamento es una alusión al Espíritu Santo que hemos recibido todos los creyentes. El Espíritu que hemos recibido de Dios nos capacita para discernir el error, y nos guía a toda verdad a través de Su Palabra. Es por eso que sin unción no hay Pacto, porque solo se puede vivir a Cristo desde las dimensiones de la verdad.

En otras palabras, la única manera de vivir el Pacto es en la unción, porque la unción es la vida de Cristo, y la vida es la luz de los hombres (**Juan 1:4**) solo en Cristo podemos ver, y solo viendo accedemos al camino de la voluntad del Padre. ¡Eso es vivir el Reino!

“Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su

herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza...”

Efesios 1:17 al 19



Capítulo siete

La unción Sobre el Ungido

“Vosotros sabéis lo que se divulgó por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan: cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él”.

Hechos 10:37 y 38

El término hebreo: “Mesías”, y la palabra griega “Cristo” significan: “El ungido”. Durante siglos, los judíos esperaron al Mesías prometido, es decir, al ungido de Dios. Todos esperaban que a través de Él, el yugo de la opresión satánica sobre la nación sea destruido. En realidad ellos esperaban a un personaje como el rey David, quién llegaría ungido por Dios para gobernar.

“Acontecerá en aquel tiempo que su carga será quitada de tu hombro, y su yugo de tu cerviz, y el yugo se pudrirá a causa de la unción”.

Isaías 10:27

En este caso, la palabra pudrir, es la palabra ***“Kjabál”*** que significa algo absolutamente destruido, corrompido, algo que ya no puede ser utilizado. Jesús mismo, al principio de Su ministerio y luego de Su ayuno en el desierto, donde había vencido las tentaciones de Satanás, fue a la sinagoga, donde leyó la siguiente profecía del libro de Isaías: ***“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor. Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros”*** (Lucas 4:18 al 21).

Ciertamente Jesús portaba la unción, y era absolutamente capaz de liberar a toda la nación de la opresión de Roma, pero ese no era Su plan. Los religiosos no pudieron asimilar que Jesús pudiera ser el Cristo, porque conocían quién era, y lo veían como un simple hijo de constructor. Esa es la particularidad de la unción, simplemente puede estar operativa a través de alguien que parece absolutamente normal.

Jesús fue despreciado por quienes debieron comprender su misión. Para sorpresa de muchos, Él se enfocó en la gente, en la necesidad de los oprimidos, en la condición de los pecadores, y en impartir sanidad a los que estaban enfermos. Los milagros de Jesús que tenemos en la Biblia, fueron registrados por testigos oculares pocos años después de Su resurrección y Su ascensión al Padre. Pero no sabemos exactamente cuántos milagros hizo, porque no todos fueron escritos. Juan expresó al respecto:

“Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”.

Juan 20:30 y 31

“Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir.

Amén”.

Juan 21:25

Yo podría analizar durante todo este capítulo, de qué manera Jesús hizo cada uno de sus casi cuarenta milagros registrados en la Biblia, de cómo la unción que operó en Su vida manifestó un poder absolutamente diferente a todos los demás ungidos del Antiguo Testamento. Sin embargo,

quisiera enfocarme en otras profundidades que pueden otorgarnos valiosas riquezas.

Es decir, Moisés fue ungido para liberar a su nación, Sansón para impartir justicia, David para gobernar, Elías para corregir y Eliseo para instruir, y aunque todos resalten la unción de Jesús para sanar y liberar, yo diría que además de eso, Jesús estaba ungido para morir. Eso es algo mucho más extraordinario de lo que podamos imaginar.

“Seis días antes de la pascua, vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, el que había estado muerto, y a quien había resucitado de los muertos. Y le hicieron allí una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él. Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume. Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote hijo de Simón, el que le había de entregar: ¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres? Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella. Entonces Jesús dijo: Déjala; para el día de mi sepultura ha guardado esto. Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros, más a mí no siempre me tendréis”.

Juan 12:1 al 8

Para muchos la unción de Jesús de parte de María es una expresión de gratitud por haberle dado nuevamente la vida a su hermano Lázaro, y por haberles devuelto la esperanza, pero vemos que este acto de ungir los pies de Jesús tiene otra importancia más que la de solo agradecerle su bendición.

Para tener un cuadro más completo de lo que significó el sacrificio de Cristo, debo aclarar que este evento es narrado no solo por el evangelista Juan, sino también por **Mateo 26:6 al 13**, con la diferencia que Mateo dice que el perfume fue derramado sobre la cabeza de Jesús (**V.7**) y Él mismo al defender la obra de ella, dice que derramó el perfume sobre Su cuerpo (**V.12**).

Esta historia también es mencionada en **Marcos 14:3 al 9**, y Jesús una vez más, asoció este unguimiento con su futura muerte diciendo: *“Esta ha hecho lo que podía; porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura...”* (**Marcos 14:8**). Esto es muy emotivo, porque Jesús nació ungido del Padre para consumir su propósito en la tierra (**Mateo 1:20**). Esa unción no fue otorgada por un sacerdote, ni por un profeta, sino como resultado de su misma esencia, y fue evidenciada públicamente en Su bautismo terrenal (**Mateo 3:16 y 17**). Sin embargo, en esta ocasión citada, fue María de Betania la que lo estaba ungiendo para su muerte.

María derramó el perfume sobre la cabeza de Jesús, porque Él era Rey, pero además ungió sus pies, y eso tiene

un significado mucho más profundo, ya que habla de un evento futuro. Es decir, a los reyes se les ungía en la cabeza, pero a los que iban a morir o ya estaban muertos se les ungía los pies, así pues María estaba realizando sin saberlo, un acto profético muy trascendente.

En el capítulo anterior de Juan se nos dice que los fariseos y sacerdotes “...*desde aquel día habían acordado matarle*” (Juan 11:53). “*Y los principales sacerdotes y los fariseos habían dado orden de que si alguno supiese dónde estaba, lo manifestase, para que lo prendiesen*” (Juan 11:57). Jesús sabía lo que le esperaba, no solo por estos rumores, sino porque estaban a seis días de la pascua y Él sabía que en esa fiesta, era necesario entregarse como perfecto sacrificio.

En esa cruz del Calvario, Jesús oficiaría como Sumo sacerdote y como el sacrificio mismo, porque Sus hechos y Su persona, fueron la consumación de todas las cosas, por eso también vemos que Él fue ungido por María, a la vez que Él mismo era el Rey, el sacrificio, el costoso perfume, el grato aroma y el vaso de alabastro.

Él estaba siendo ungido, pero Él era el ungido. Cuando María rompió ese vaso de alabastro, también fue algo profético, porque de la misma forma Jesús sería quebrado por los pecados de todos nosotros. En el cumplimiento de Su misión, Su corazón fue quebrantado, roto, partido. No solo de manera física, ya que algunos estudios forenses que se han

realizado, conforme a los datos que existen de la crucifixión, dicen que la muerte física de Jesús fue multifactorial, es decir que fueron varios los factores que la causaron, pero una de las cosas que más sorprendió fue que su corazón fue literalmente partido. Además, y esto es lo que deseo exaltar, fue claramente partido por el dolor de los desprecios, los rechazos y las traiciones que sufrió.

En primer lugar fue rechazado por los suyos, aquellos que debieron recibirlo con amor “...y *los suyos no le recibieron*” (**Juan 1:11**) el pueblo Judío en general, eran los suyos, pero también fueron los expertos, los religiosos, los hombres supuestamente piadosos, los que también lo rechazaron, al grado de ejercer una constante hostilidad sobre Su vida.

Es cierto que en Su llegada a Jerusalén las multitudes lo recibieron gritando “*¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!*” (**Juan 12:13**). Sin embargo, una gran parte de ellos, fueron los mismos que en el palacio de Pilato gritaron “*¡Fuera, fuera!, crucifícale!*” (**Juan 19:15**). No hay dudas que eso ha sido algo muy doloroso, sobre todo teniendo en cuenta a la cantidad gente que Jesús había bendecido con Sus obras.

A todo esto, no podemos ignorar el dolor causado por una familia que lo despreció (**Mateo 13:57**) el abandono de unos setenta discípulos que claramente habían experimentado Su poder (**Juan 6:66**) sino también la traición

de alguien muy cercano como Judas. ***“...y estaba también con ellos, Judas el que le entregaba” (Juan 18:5).*** De hecho, el resto de Sus discípulos también lo abandonarían cuando llegaron los soldados romanos a detenerlo ***“...Entonces todos los discípulos, dejándole huyeron” (Mateo 26:56)*** no hay dudas que esto seguramente lastimó hondamente el corazón de Jesús.

Sumado a todo Jesús tuvo que experimentar el dolor físico y la flagelación brutal, ante la mirada despreciativa de muchos, ante la burla y las risas de sus detractores. No hay dudas que todo eso dañó profundamente Su corazón. En los salmos dice proféticamente ***“...mi corazón se ha vuelto como cera, derritiéndose en mis entrañas” (Salmo 22:14).***

Seguramente María de Betania, solo sintió que debía ungir a Jesús por el amor con el que lo amaba, y no comprendió todo esto, pero Jesús sabía y entendía perfectamente lo que estaba pasando. Aun así, sabiendo lo que le esperaba, acepto el camino a la cruz.

La unción de Jesús por María de Betania, no solo nos habla de su corazón, sino también del alto costo de Su entrega. En la historia se destaca el valor de ese perfume derramado, de hecho, se expone claramente su costoso precio, porque algunos se enojaron dentro de sí diciendo ***“¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume? Porque podía haberse vendido por más de trescientos***

denarios, y haberse dado a los pobres. Y murmuraban contra ella...” (Marcos 14:4).

Cuanta ignorancia hay en los seres humanos, cuan injusto somos a la hora de considerar los costos de la vida. El Padre estaba entregando lo que más amaba. El Hijo se estaba entregando a Sí mismo como el perfume más hermoso y más valioso de todos, y los discípulos, teniendo ante sus ojos al Rey de reyes y Señor de señores, llegaron a considerar que derramar ese perfume había sido un desperdicio.

¿En verdad alguien puede considerar un desperdicio derramar perfume sobre Jesús? Sinceramente creo que los seres humanos, tenemos una falta de revelación absoluta respecto de las buenas inversiones en el Reino. Tenemos gente que no tiene problemas en gastar su dinero en cosas vanas, pero no consideran una buena idea invertirlos en el Reino. Algunos gastan su tiempo y su potencial en un montón de proyectos personales, pero no consideran una buena inversión derramarse en Cristo y para Cristo.

La unción que realizó María de Betania sobre Jesús, nos habla del corazón partido de Jesús, nos habla del valor de Su sangre, pero también nos habla del poder de Su alcance. María quebró el frasco de perfume costoso y lo derramó sobre Jesús y *“...la casa se llenó del olor del perfume” (Juan 12:3)*. Jesús fue Santo, puro y sin mancha (**1 Pedro 1:19**) Él adoptó la condición de cordero rumbo al matadero *“Como oveja a la muerte fue llevado; y como cordero mudo*

delante del que lo trasquila, así no abrió su boca” (Hechos 8:32) por Su aptitud Jesús fue la ofrenda perfecta, capaz de agradar a Dios, como perfume grato delante del Señor.

Todos sabemos que los aromas gobiernan los ambientes, y así como el perfume de María llenó la casa donde estaban, el aroma de Cristo es el gobierno permanente en la casa de Dios hasta Su venida. Esa casa de Dios es la Iglesia, y Su grato aroma se esparce a través de cada uno de nosotros, ya que somos miembros de Su cuerpo.

“Gracias a Dios que en Cristo siempre nos lleva triunfantes y, por medio de nosotros, esparce por todas partes la fragancia de su conocimiento. Porque para Dios nosotros somos el aroma de Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden...”

2 Corintios 2:14 y 15 NVI

El ungimiento de María de Betania sobre Jesús, nos ha dejado ricas enseñanzas de la unción sobre el Ungido. Aun así, no fue la única vez que alguien ungió a Jesús antes de su muerte, ya que tenemos otra historia en **Lucas 7:36 al 50**, que es muy parecida, pero que no es la historia de **Mateo 26:6 al 13**; **Marcos 14:3 al 9** o en **Juan 12:1 al 7**, en la que sí se habla de la unción de María de Betania. La mujer que se menciona en este único pasaje no es la misma, y veremos sus motivos.

“Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa. Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los unguía con el perfume...”

Lucas 7:36 al 38

En primer lugar María de Betania no era conocida como una mujer pecadora. Segundo, cuando Jesús fue ungido por María, estaba ya muy cerca de Su muerte, y este acontecimiento en Lucas es muy anterior en el ministerio de Jesús. La casa en la que María ungió al Señor era de un tal Simón el leproso, quiere decir que fue leproso y ya no lo era, seguro que Cristo lo sanó. En el relato que nos concierne, el anfitrión se llamaba también Simón, que era un nombre muy común, pero era fariseo. María fue juzgada por los mismos discípulos, por el perfume tan costoso que derramó sobre Jesús, y aquí esta mujer fue juzgada por su condición de pecadora y quién la juzgó fue el mismo anfitrión de Jesús.

Tampoco sabemos el lugar exacto en el cual tuvo lugar este hecho. Pero se considera que fue Naín, por causa de los acontecimientos anteriores (**Lucas 7:11, 18, 36**) pero esto no es algo seguro y tampoco necesito inventar nada para justificar un hecho claramente aceptado por todos.

Aunque no tengamos el nombre de esta mujer, sí sabemos que era una mujer pecadora y que era de la ciudad, pues aparentemente todo el mundo la conocía (**Lucas 7:39**). La mayoría de los comentaristas bíblicos coinciden en el hecho de que al ser llamada “pecadora”, lo que se estaba diciendo claramente es que era una prostituta, y por eso sus pecados eran públicos y su vida conocida por todos.

Cuando esa mujer irrumpió en la escena, vio a Jesús y empezó a llorar por arrepentimiento, pero también por gratitud, porque pudo ver la misericordia en los ojos de Jesús, y se sintió sinceramente perdonada. Esto no estaba preparado, quizás lo del perfume sí, pero las lágrimas no. Fluyeron de tal manera que podía regar los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos.

Aquí encontramos una unción que no fue solo de perfume, sino también de lágrimas. Cuánto tiene para decirnos este simple hecho. Jesús no solo fue el ungido del Padre, escogido y enviado para una tarea trascendente, no solo fue ungido por el Espíritu Santo, sino por las lágrimas ocasionadas por el perdón.

Las lágrimas producidas por el perdón de Jesús a esa mujer pecadora, no eran solamente por la eximición de una culpa, sino por la sanidad producida después de tantos años de dolor, de desprecio y de humillación. Tal vez Jesús, fue el primer hombre en toda Su vida, que la miró a los ojos con

verdadera pureza y verdadero amor. ¿Cómo no adorarlo aun con lágrimas de verdadera gratitud?

Tal vez el perfume derramado por esta mujer pecadora también era muy caro, pero nadie podrá cotizar jamás, el alto precio de esas lágrimas. Tal vez podríamos detallar los procedimientos de elaboración que demandaba un perfume en esa época, lo cual implicaría todo un proceso, pero ¿Quién podría enumerar las dolorosas experiencias que forjaron el corazón de una mujer pecadora como esa?

Por supuesto, también tenemos el contraste del religioso, aquel que había rogado a Jesús que fuera a comer a su casa, pero que nunca estuvo dispuesto a honrarlo. Además, se escandalizó de esa mujer pecadora y de la actitud de Jesús, que permitió que esa mujer lo tocara y le besara los pies. Este religioso no pudo comprender lo que estaba ocurriendo, porque él mismo no había experimentado el arrepentimiento, ya que por lo general, los fariseos se consideraban justos por causa de sus obras.

Jesús, conociendo el corazón y los pensamientos de Simón, le contó una historia para ilustrarle sobre el amor y el perdón: ***“Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Dí, pues, ¿cuál de ellos le amará más?”*** (Lucas 7:41 y 42).

La respuesta podría ser obvia, pero Jesús, le preguntó directamente a Simón. Él, con un tono casi de indiferencia, le respondió: ***“aquel a quien perdonó más”***. Todavía no entendía el porqué de esa pregunta, pero Jesús le dijo: ***“Rectamente has juzgado...”*** Esto es muy curioso, porque el religioso fue capaz de juzgar con rectitud una situación planteada por el relato de Jesús, pero ciertamente estaba juzgando muy mal lo que estaba viendo con sus ojos.

Jesús vuelto de inmediato a la mujer, que estaba arrodillada ante sus pies, le dijo: ***“¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; mas ésta ha regado mis pies con lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste beso; mas ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. No ungió mi cabeza con aceite; mas ésta ha ungido con perfume mis pies. Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; más aquel a quien se le perdona poco, poco ama. Y a ella le dijo: Tus pecados te son perdonados”*** (Lucas 7:44 al 48).

El contraste entre la actitud de Simón y la de esta mujer a la hora de recibirle es impresionante. Simón se mostró frío y muy poco amoroso, sin embargo la mujer derramó todo su amor con lo que hizo. Una de las primeras cosas que se hacían entonces a los invitados era lavar los pies polvorientos al entrar en la casa, Simón no lo hizo, pero la mujer los lavó con sus lágrimas. El beso se usaba como un emblema de amor, reverencia, sujeción y súplica. Simón no besó a Jesús, pero

la mujer no dejó de besar los pies de Jesús. Ungir la cabeza con aceite era común entre los judíos, pero Simón no lo hizo con Jesús, sin embargo la mujer ungió sus pies con el perfume y con sus lágrimas ¿Puede haber mayor contraste que ese?

Ciertamente los religiosos buscan que Dios derrame la unción sobre ellos, y por tal motivo procuran hacer cosas. Sin embargo, los hijos de Dios, conscientes de la gracia que nos salvó, sólo deseamos adorar. Nosotros no pedimos unción, sino que vivimos en la unción, y adoramos porque se nos reveló la gracia de poder ungir al ungido.

“Y andad en amor, así como también Cristo os amó y se dio a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios, como fragante aroma”.

Efesios 5:2



Capítulo ocho

Llamados Cristianos

“Después fue Bernabé a Tarso para buscar a Saulo; y hallándole, le trajo a Antioquía. Y se congregaron allí todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente; y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía”.

Hechos 11:25 y 26

La palabra “cristiano” es utilizada tres veces en el Nuevo Testamento, en este pasaje de **Hechos 11:26**, en **Hechos 26:28** y en **1 Pedro 4:16**. Los seguidores de Jesucristo fueron llamados cristianos primeramente en Antioquía debido a que el comportamiento de ellos, sus actividades y la forma de hablar que tenían, fueron identificadas con las características que conocían de Jesucristo.

En realidad, cuando comenzaron a utilizar la palabra “cristianos”, no fue precisamente para alagar a los hermanos, sino más bien para burlarse de ellos. Los detractores de la fe,

decían: “Mira, ahí vienen los pequeños Cristos...” Y aquello que empezó siendo una burla, se convirtió más adelante en el término que desde entonces, han adoptado millones de personas en el mundo.

El concepto de cristianismo, para muchos se volvió como la identificación de una religión, y para otros, el solo hecho de denominar a los que creen en Jesús, pero en realidad la esencia nada tiene que ver con eso. Los cristianos somos personas regeneradas por la vida de Jesucristo, somos ungidos con el Espíritu Santo. Vivimos, nos movemos y somos en Cristo, lo cual nos hace partícipes de Su Pacto.

El Nuevo Pacto, no es un Pacto que nosotros hicimos con Dios, sino que es un Pacto que el Padre hizo con Su Hijo. Nosotros por la gracia, fuimos introducidos en la persona de Cristo. Su sangre nos limpió, y nos metió al cuerpo que es Su vida. Estar en el cuerpo nos otorga las virtudes y el potencial de Cristo, a la vez que Su posición, nos otorga sus privilegios. Todo esto nada tiene que ver con la religión.

El apóstol Pablo lo definió muy bien al escribir que el que se une al Señor, un espíritu es con Él (**1 Corintios 6:17**). Los cristianos debemos asumir tan maravillosa gracia y vivir por ella. Hay muchos hermanos que piensan que ser cristianos es creer en Dios, ir a la Iglesia, leer la Biblia y orar todos los días, pero ser cristianos también es mucho más que eso, es la verdadera plenitud de la vida.

Las obras que podamos hacer, no tienen la capacidad de hacernos cristianos. **Tito 3:5** nos dice que *“Dios nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo”*. De manera que, somos cristianos porque hemos nacido de nuevo por Dios. Esto también lo vemos claramente en **Juan 3:3, 7** o en **1 Pedro 1:23**.

“Por gracia somos salvos por medio de la fe y esto no procede de nosotros, sino que es un regalo, un don de Dios, no por obras, para que nadie se gloríe ni se jacte”.

Efesios 2:8

Un verdadero cristiano es un hijo de Dios, miembro de la familia de Dios y ciudadano del Reino. La evidencia de un cristiano es el fruto del Espíritu que manifiesta, ya que al árbol se lo conoce por sus frutos, y como dijo Jesús: *“No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos...”* (**Mateo 7:18**). Por su parte, el apóstol Pablo enseñó que el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza (**Gálatas 5:22 y 23**).

Además, Jesús dijo que las mismas cosas que Él hizo, nosotros podríamos hacer, incluso que haríamos cosas mayores que Él (**Juan 14:12**). Dar frutos lo manifiesta a Él, hacer Sus obras lo manifiestan a Él, y justamente eso es ser

cristianos, somos embajadores de Cristo (**2 Corintios 5:20**) personas a través de las cuales, Él puede manifestarse.

La unción es la suave esencia de Dios en nosotros, es la vida del Espíritu Santo en perfecta comunión con nuestro ser. Cuando obedecemos Su voluntad, a la luz de la revelación, disfrutamos el incremento del elemento divino en nosotros, y es entonces que somos guiados a vivir en Él, en un fluir ininterrumpido de Su vida. De este modo, Él permanece en nosotros y nosotros disfrutamos la más alta bendición de Su presencia.

Después de ser crucificado y antes de ascender al cielo, Jesús les pidió a Sus seguidores que esperasen la promesa del Padre, porque serían bautizados con el Espíritu Santo en apenas unos días (**Hechos 1:4 y 5**). Luego les dijo que recibirían poder cuando el Espíritu Santo viniera sobre ellos, para ser testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra (**Hechos 1:8**). Esa fue la impartición de la unción sobre la Iglesia, por eso los cristianos somos los ungidos.

Desde entonces y hasta nuestros días, todos los que estamos en Cristo, poseemos la unción para todo lo que hemos sido llamados a hacer, y no importa que tan grande o pequeña sea a nuestros ojos la comisión recibida. Si Él nos llama, Él nos capacita (**2 Corintios 1:21 y 22**). Esta es la razón por la cual el apóstol Pablo dijo sin dudar: *“todo lo puedo en Cristo...”* (**Filipenses 4:13**).

En este sentido, así como Dios reveló Su poder y autoridad, cuando resucitó a Jesucristo de entre los muertos, para luego sentarlo a Su diestra en los lugares celestiales, así sigue operativo Su poder en cada uno de nosotros. Pero debemos creer en esto y apoderarnos de la Palabra de verdad, la cual nos otorgará el hacer las maravillas y prodigios que Él nos ha encomendado.

Por otra parte, los ungidos de Dios, tenemos acceso a la mente de Cristo (**1 Corintios 2:16**). Eso no es algo que se alcanza por determinados estudios teológicos, sino que es otorgado en la gracia de habitar en Cristo. La unción es la que produce en nosotros revelación. El apóstol Pablo oraba para que los hermanos de Éfeso pudieran fluir en esa capacidad.

“No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder...”

Efesios 1:16 al 19

El espíritu de sabiduría y de revelación debe ser considerado un potencial de Dios en nuestro espíritu. Aquí diría, que es de vital importancia comprender muy bien qué significa tener un potencial como ese, porque potencial es un

poder que existe, pero que no siempre se manifiesta. Es un potencial, está ahí, pero solo se convierte en poder manifiesto cuando operamos en Él.

Es decir, todos los cristianos tenemos al Espíritu Santo, pero no todos operamos en la sabiduría de Dios. Alguien que opera desde la mente de Cristo, es alguien que recibe sabiduría y revelación mediante la impartición del Espíritu Santo. Y la pregunta sería ¿Por qué no todos acceden a ese beneficio? Bueno, porque esa capacidad solo es otorgada en nuestra sincera demanda.

En tal caso, cualquiera me diría que eso es algo que deseamos todos, pero no es verdad. Uno de los mayores problemas que tenemos los seres humanos es el orgullo afincado en la ciencia del bien y del mal. Ese fue el gran pecado de Adán y lo sigue siendo en todos. Queremos ser libres para pensar, procuramos la independencia del pensamiento y creyendo ser sabios, nos volvemos necios.

Cuando por la gracia, accedemos a la vida de Cristo, lo más difícil de dejar atrás son los paradigmas que gobernaron nuestra vida. Incluso puede que más allá de la instrucción bíblica y la madurez que obtengamos, sigamos siendo necios y faltos de verdadero entendimiento espiritual.

Este es uno de los mayores daños que produce la religiosidad, porque los hermanos que caen en ella, en lugar de avanzar en la unción del Espíritu, trabajan en el intelecto

y en las emociones. De manera que en lugar de obtener espíritu de sabiduría y de revelación, solo obtienen nuevos paradigmas, ahora con claros argumentos espirituales, pero que no dejan de ser estructuras sin vida.

Cuando hay predicaciones sin unción, cuando escuchamos sin la dependencia de la unción, o estudiamos la Biblia sin unción, solo obtendremos conceptos, pero no revelación. Es decir, solo abrazaremos ideas, pero sin vida. Pablo escribió a los hermanos de Corinto:

“Nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, más el espíritu vivifica...”

2 Corintios 3:5 y 6

Veamos que la unción es la que produce nuestra competencia para el Pacto, es por eso que determiné titular este libro “Sin unción no hay Pacto”, porque sin unción no hay vida en nada que podamos aprender o hacer. El Reino solo es posible desde la unción, sin unción no hay vida y sin vida no hay Nuevo Pacto.

La religión cristiana puede ser simplemente eso, una religión carente de vida, utilizando mal el concepto de lo que es en realidad un cristiano. Sin unción no hay cristiano posible. Tal vez puede haber creyentes, pero eso no es ninguna virtud, todo el mundo cree en algunas cosas, incluso

los demonios, como mencione anteriormente (**Santiago 2:19**). Nosotros somos cristianos porque hemos recibido la vida de Dios y en Él vivimos. Fuera de Él no hay vida, no hay frutos, no hay dones, no hay revelación alguna.

Sabiendo esto, diría que necesitamos sabiduría espiritual y verdadera para determinar qué proviene de Dios y qué proviene de nosotros mismos. Necesitamos dirección para gestionar la fe, necesitamos Luz para ver como Dios ve, y revelación para vivir como Él desea. Si queremos vivir en la unción del Señor, debemos ser humildes y totalmente dependientes de Él en todo.

Dios desea darnos sabiduría, pero no la deposita en nuestra mente como muchos creen que debe ser, sino que nos da espíritu de sabiduría para que podamos acceder a la sabiduría en nuestro espíritu, porque es ahí donde somos tocados por el Espíritu de Dios. Esto no se trata de capacidad intelectual, sino de corazón entendido.

“Que nadie se engañe. Si alguno de ustedes se cree sabio según las normas de esta época, hágase ignorante para así llegar a ser sabio”.

1 Corintios 3:18 NVI

El que cree que es sabio, necio será ante Dios, pero el que cree necesitar de la sabiduría de Dios, será impartido por la unción del conocimiento. Solo la comunión con un corazón humilde es capaz de recibir la iluminación divina, por eso

Salomón escribió, que el principio de la sabiduría es el temor del Señor, mientras que los insensatos desprecian la sabiduría y la enseñanza (**Proverbios 1:7**).

Aun cuando nuestro espíritu haya sido vivificado, si no procuramos una profunda comunión con Dios, no recibiremos revelación de Su Espíritu, y aunque seamos hijos de la Luz (**1 Tesalonicenses 5:5**) podemos llegar a vivir pensando con la mente natural, en lugar de pensar siendo impartidos con la mente de Cristo.

“Todos ustedes, en cambio, han recibido unción del Santo, de manera que conocen la verdad. No les escribo porque ignoren la verdad, sino porque la conocen y porque ninguna mentira procede de la verdad”.

1 Juan 2:20 y 21

El espíritu de revelación, es la operación que la unción de Dios efectúa en nuestro espíritu, a tal grado que descubrimos Su deseo y Su voluntad mediante nuestra intuición. Nuestra comunión con Dios se lleva a cabo exclusivamente en nuestro espíritu, y debemos apreciarla en gran manera, porque si operamos con espíritu de sabiduría y obtenemos revelación divina, tendremos el pleno conocimiento de Él.

Si nuestro conocimiento de Él, no es progresivo es porque nos hemos detenido en nuestro caminar espiritual. Sin unción no hay vida, no hay revelación y sin conocimiento de

Él y sin unidad de la fe, no hay plenitud. El apóstol Pablo enseñó que los dones ministeriales deben funcionar a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo. Esto debe ser realizado mediante la unidad de la fe y el conocimiento del Hijo de Dios. Solo eso nos llevará a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (**Efesios 4:11 al 13**).

La plenitud, no solo nos libraré del engaño, sino que nos permitirá dar frutos espirituales, funcionar en los dones espirituales, pregonar el evangelio del Reino con poder y gestionar la fe conforme a la voluntad del Padre. Sin unción cualquiera puede congregarse, pero con unción podemos ser la Iglesia que Dios quiere y que el mundo necesita.

Sin unción nada tiene sentido, porque la unción es Cristo en nosotros, la esperanza de gloria. Sin unción no hay Pacto, porque el Nuevo Pacto solo se puede vivir en el Hijo. Hoy más que nunca antes, debemos ser apasionados en la unción, porque la unción es la verdadera vida y la única plenitud.

*“¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es
habitar los hermanos juntos en armonía!
Es como el buen óleo sobre la cabeza,
el cual desciende sobre la barba,
La barba de Aarón,
Y baja hasta el borde de sus vestiduras;
Como el rocío de Hermón,*

*Que descende sobre los montes de Sion;
porque allí envía Jehová bendición,
Y vida eterna”.*

Salmo 133:1 al 3



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

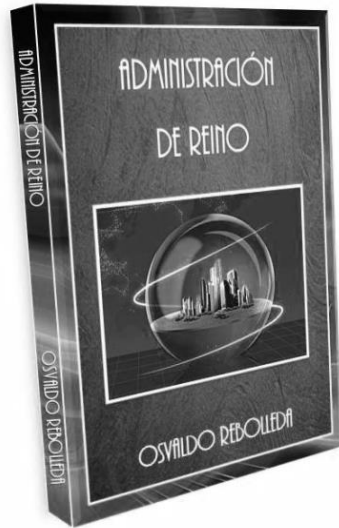
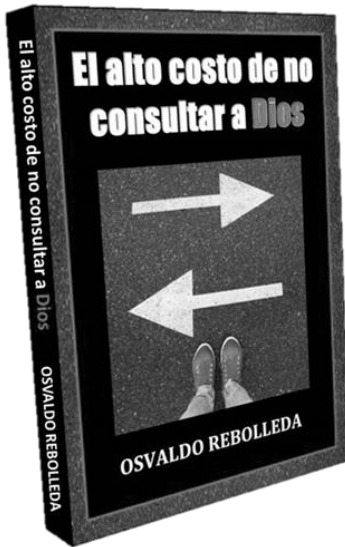
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

Y ministra de manera itinerante en Argentina

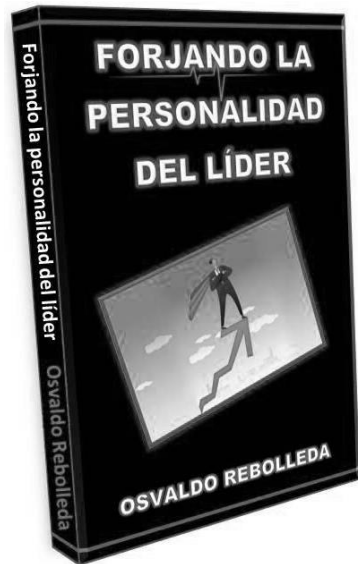
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

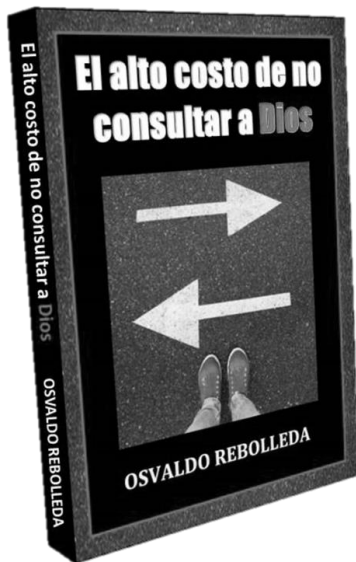


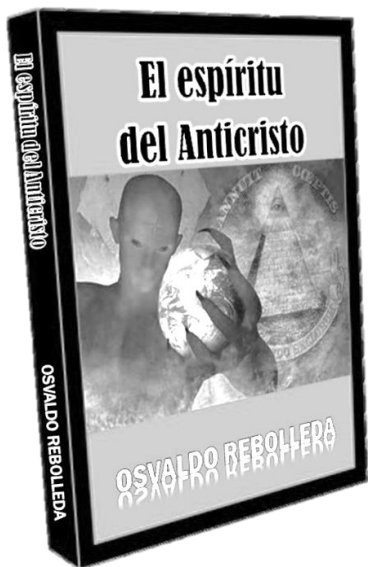
www.osvaldorebolleda.com



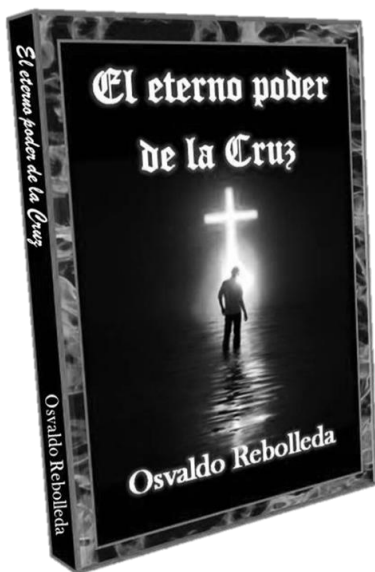
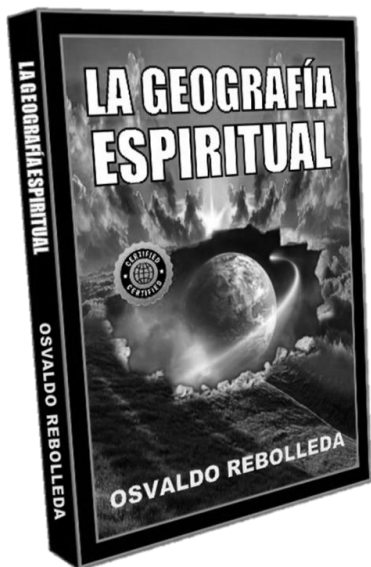


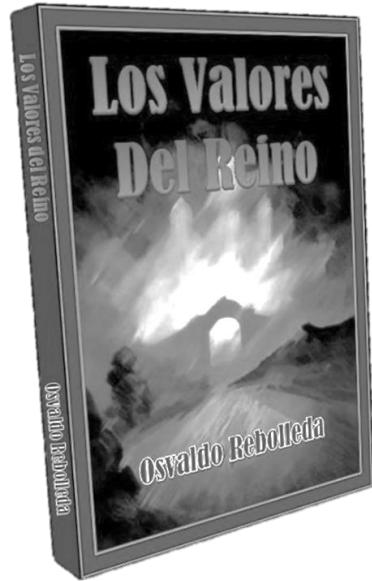
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolledo.com

